4641

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA FIERECILLA DOMADA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA AL ESPAÑOL

POR

MANUEL MATÓSES

de la comedia de SHAKESPEARE

TAMING OF THE SHREW

14

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

LA FIERECILLA DOMADA

Esta obra es propiedad de los señores D. Manuel Matóses y D. Agustín Navas.

No podrá reimprimirse ni representarse en los teatros de España, de Ultramar, ni de los países con que haya celebrados tratados de propiedad literaria, sin solicitar y obtener para ello permiso de los comisionados de la *Galería Lírico-dramática* de D. EDUARDO HIDALGO, que son los encargados de cobrar los derechos de representación.

Queda asimismo reservado el derecho de traducción.

Se ha hecho el depósito que marca la ley.

LA FIERECILLA DOMADA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA AL ESPAÑOL

POR

MANUEL MATÓSES

de la comedia de SHAKESPEARE

TAMING OF THE SHREW

Estrenada con aplauso en el Teatro de la Comedia la noche del 31 de Enero de 1895

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CATALINA	SRTA. COBEÑA (D.ª C.)
BLANCA	» COBEÑA (D.ª J.)
MÓNICA	SRA. FERNÁNDEZ.
PETRUCHIO	SR. THUILLIER.
BAUTISTA	» CIRERA.
GRUMIO	» BALAGUER.
HORTENSIO	» VALENTÍN.
FLAVIO	» PONZANO.
SASTRE	» URQUIJO.
NICOLÁS	» MONTENEGRO.
GREGORIO	» CERRO.
DANIEL	» ABOJADOR.
FELIPE	» SANTÉS.

Caballeros, damas y criados

La acción en Italia á fines del siglo XVII

ACTO PRIMERO

La escena representa un espacioso salón con grandes ventanas en el foro que dan á un jardín.—Puertas laterales; la segunda de la derecha es de entrada, las otras de habitaciones.—Mobiliario de lujo; sobre pedestales dos floreros.

ESCENA PRIMERA

FLAVIO, BLANCA y BAUTISTA

BLANCA sentada junto á una de las ventanas del foro recibe lecciones de laud de FLAVIO, que se halla sentado en un taburete á los piés de aquella. BAUTISTA, en un sillón colocado en primer término y frente al público, duerme teniendo en la mano un libro.—Pausa al alzarse el telón. — Se oyen unos acordes tocados por BLANCA en el laúd, y FLAVIO la interrumpe colocándole con suavidad los dedos en el sitio que deben ocupar. FLAVIO, baja luego de puntillas hasta donde duerme BAUTISTA; después de observar á éste, se vuelve al sitio que ocupaba

FLAV. ¡Tu padre duerme como un bendito! ¡Dime una vez más, bien mío, que me amas, que me amarás toda la vida!

BLAN. ¡Si ya te lo he dicho cien veces, Flavio! ¡Mi corazón sólo late por tí y para tí!

FLAV. ¡Pero la idea de que tu padre proyecta casarte con Hortensio, no me deja vivir! Si llega ese caso, ¿te resignarás á obedecerle?

BLAN. ¡No, te repito que no! ¡Si mi padre no me dejara seguir mis inclinaciones, renunciaría al mundo y me encerraría en un convento!

671118

FLAV. ¡Ah, no! ¡Blanca de mi vida, no! Eso sería para mí lo mismo que perderte. Sin tí, ¿para qué quiero la vida? (La besa una mano.)

BLAN. ¡Vamos, Flavio, vamos! ¡Continuemos la lección! (Se oye un gran estrépito de golpes y puertas cerradas con violencia. Catalina dentro, riñe á grandes voces con los criados. Bautista se despierta sobresaltado y se pone en pié. Blanca y Flavio se levantan también.)

ESCENA II

DICHOS y CATALINA

CAT. (Dentro.) ¡Estúpida, torpe, animal! ¿Te pagan para que me trates de esa manera? Responde, ¿te pagan para eso? ¡Contéstame, contesta pronto!...

BAUT. ¿Pero, con quién riñe ahora?

CAT. (Dentro.) ¡No me repliques! ¡No quiero que me faltes al respeto! ¡Estúpida, vete de aquí! ¡Quedas despedida! ¡Deslenguada! ¡Y tú también! ¡A la calle! ¡Todas á la calle! ¡No quiero ver á ninguna! ¿Aun estais ahí? ¡He dicho que fuera todas!... (Suena un gran golpe.)

FLAV. ¡Dios mío! ¡Les ha tirado una silla á la cabeza!

BLAN. ¡Y este es el pan nuestro de cada día!

FLAV. ¡Mirad, señor, mirad cómo huyen por el jardín las criadas!...

BAUT. (Asomándose al jardín.) ¡Vamos, Catalina, vamos! ¡Por los clavos de Cristo, hija mía!... (Entra Catalina iracunda y altanera, manotea y crispa los puños para hablar.)

CAT. ¿Quereis saber qué ocurría? ¡Pues que estaba dando las gracias á Emilia, por la dulzura conque me trata!

FLAV. (Aparte.) ¿A eso llama dar las gracias?

BAUT. ¡Pobre Emilia! No tienes, hija, en cuenta su edad, ni los años que lleva en la casa, ni el cariño que aquí la tenemos todos.

CAT. ¿A que resulta que yo no tengo razón?

BAUT. ¡Lo que resulta, hija, es que tratas de igual

manera á todo el mundo, que por tu infernal carácter tenemos que mudar de criados á cada momento y que á este paso no voy á encontrar en todo Padua quien quiera servirme!

CAT. ¿Y os parece bien la manera que tiene Emilia de vestirme? Todo el traje arrugado, abrochado de cualquier manera, que más que una dama parezco un espantajo.—Verdad es que á mí nadie me atiende ni me considera. Todas las atenciones, todas las galas son para la gatita remilgada, para la niña predilecta.

BLAN. ¿Para mí?

BAUT. ¡No tengas mala lengua!

CAT. ¡Aun la he de tener peor!

BAUT. ¿Qué se le compra á tu hermana que no tengas también tú?

CAT. ¿Yo? ¿Tengo yo estas randas? ¿Tengo estas puntillas? ¿Tengo yo estas ropas? (Conforme va hablando, va dando tirones de las ropas de Blanca.)

BLAN. ¡Hermana, por Dios, que me destrozas toda!

BAUT. ¡Dios mío, Dios mío, qué harpía!

FLAV. ¡Doña Catalina, sosegaos!

CAT. ¿Acaso se os ofrece á vos vela en este entierro, señor guitarrista? Cállese si no quiere que le santigüe por mi propia mano.

BLAN. ¡Pero, hermana! Si te agradan mis ropas estoy pronta á cedértelas, pero no me trates así.

BAUT. ¡Fiera indómita! ¿no ves que si á tu hermana le sienta bien todo, es por la modestia y el agrado conque todo lo lleva?

CAT. ¡Sí! sí! mimadla! acariciadla! que ella es un ángel caído del cielo y yo una fiera escapada de los bosques; ella es dulce como la miel y yo amarga como el acíbar!

BAUT. Y así es la verdad, mal que te pese y nos pese á todos. Porque á ella todos la quieren y galantean, y á tí todos te huyen y te temen.

CAT. (Vivamente.) ¡Con eso se casará pronto y bien!...

BAUT. ¿Irse ella y quedarte tú? ¡No lo permita el cielo! ¡Tú te has de casar primero y ella después!

CAT. No sé cómo he de casarme yo si los novios me los va quitando mi angelical hermanita.

BAUT. ¡Jesús! ¡Qué lengua la tuya! ¿Lo dices por Hortensio? ¿Pues no te pretendió primero á tí? ¿No le echaste noramala?

CAT. Pero mirad cómo se apresuró á pediros su blanca mano y vos á concedérsela.

BAUT. Porque le cautivó su humildad y su modestia. ¿Por qué no aceptaste tú los galanteos de Antonio?

CAT. ¡Uf! ¡Un viejo con gota!

BAUT. ¿Y Lucenio?

CAT. ¡Ese tiene esparabanes!

BAUT. Pues bien, ¡Catalina, yo me voy también cansando de sufrirte! Si no te corrijes, si no reprimes tu carácter, sino aprovechas la primer ocasión que se presente para casarte, sea como fuere el pretendiente, joven ó viejo, guapo ó feo, pobre ó rico, estoy decidido, te cojo de una oreja y te meto en un convento.

CAT. (Con ira.) ¿En un convento?

BAUT. ¡Sí! ¡que cargue Dios contigo!

FLAV. (Aparte.) ¡Claro! ¡El demonio tampoco la querría!

CAT. ¿Encerrarme en un convento? ¿Contra mi voluntad? Probad á hacerlo, y al día siguiente de entrar pego fuego al convento y ardemos todos juntos.

BAUT. ¡Eso será lo que tase un sastre!

CAT. ¡Si ya me debía yo esperar ese porvenir! ¡Toda mi vida despreciada, sacrificada, perseguida, contrariada! Toda la vida siendo la puerca cenicienta. Pues bien, ¡ahora mismo! Yo os ayudaré á que quedéis libres de mí. ¡Fuera estas ropas! ¡Fuera este tocado!... (Se deshace el peinado, se destroza la ropa, patalea, habla fuera de sí.)

BAUT. ¡Catalina, Catalina!...

CAT. ¡Venga un hábito! ¡Venga un cilicio!

BLAN. ¡Hermana, por Dios!

FLAV. ¡Señora Catalina!...

CAT. ¿No soy una fiera? ¿Una salvaje? ¡Haré cosas de fiera, lo destrozaré todo! fuera floreros!

fuera todo! destrucción por todas partes! (Tira al suelo sillas, muebles, objetos, etc., etc , poseída de furor, Arroja un jarrón con flores á la puerta segunda derecha, al mismo tiempo que aparece por ella Hortensio, que se detiene. Al verlo Catalina, da un grito y huye por una puerta de la izquierda.)

BAUT. ¡Dios nos proteja!

BLAN. ¡Oh, qué carácter!

FLAV. ¡Esto no es mujer, sino un arcabucero!

ESCENA III

DICHOS, menos CATALINA, HORTENSIO, seguido de PETRUCHIO, al que acompaña su escudero GRUMIO

HORT. ¿Dan licencia?

BAUT. (Aparentando tranquilidad.) ¡Pase! Pase el amigo Hortensio, y perdone si no se le recibe como se merece.

HORT Lo que no quisiera yo, es interrumpir coloquios de familia.

BAUT. Esos continuarán luego, por desgracia. Hágame la merced de pasar el buen Hortensio

HORT. ¡Hermosa Blanca!... (Blanca saluda fríamente inclinándose; de igual manera se saludan Hortensio y Flavio.)

BAUT. ¡Seais bien venido!

HORT. ¡Y vos bien hallado!—Permitidme, ante todo, que os haga la presentación de mi amigo, el noble y excelente caballero señor Petruchio.

BAUT. Y yo me huelgo mucho de que sea presentado por tan cariñoso amigo mío.

HORT. Este mozo es su escudero Grumio, fiel como un perro, sumiso como un gato.

BAUT. ¡Así han de ser los escuderos!

GRU. Pues este perro y este gato están á vuestro servicio, excelencia.

PET. (Conteniendo á Grumio.) Excusará otras explicaciones, señor, el que sepáis que soy hijo de un amigo vuestro, de Antonio de Verona.

BAUT. ¡Oh, Dios mío! ¿Y por qué hais tardado

en decirlo? ¡Antonio! Mi amigo Antonio de Verona, compañero de infancia, camarada en amoríos y locuras. ¡Cuánto tiempo que no tengo noticias de él! ¡Estará ya muy viejo mi buen Antonio!

PET. Vuestro amigo, señor Bautista, no está viejo ni está joven, es decir, no está de ninguna manera.

BAUT. ¿Cómo?

PET. ¡El infeliz se hartó de éste mundo y hace dos años se marchó al otro!

BAUT. ¡Era muy emprendedor!

PET. Quizás por eso emprendió su marcha, y en el cielo nos está esperando sin duda alguna.

GRU. (Aparte.) ¡Y mucho que nos espere!

PET. Heredé sus caudales, que eran cuantiosos y no han menguado á pesar de los pellizcos que les dí, heredé sus castillos, heredé su honrado nombre, y quisiera, por fin, ser heredero de la buena amistad que le tuvisteis.

BAUT. Contad con ella desde este instante, y sea tan duradera y firme como yo deseo.

PET. Pondré en ello gran cuidado. (Se sientan todos menos el escudero, que queda á prudente distancia. Flavio coge el laud y se va á la ventana del foro, desde donde cruza miradas de amorosa inteligencia con Blanca, fijándose en esto el escudero.)

BAUT. ¿Y cuidais vuestra hacienda, sin duda?

PET. De eso trato. Muerto mi padre, emprendí viajes, serví á mi patria con las armas, enamoré mujeres, como conviene á todo mozo que no tiene vocación de anacoreta, y al cabo he decidido volver á mi casa, buscar la tranquilidad y la paz del hogar, y elegir para esposa una doncella que me ofrezca la vida reposada que ahora deseo.

BAUT. Mil parabienes os doy por tan prudente resolución.

HORT. Pues esa resolución, señor, es la que motiva que os presente á mi amigo Petruchio.

BAUT. ¡Ya, vamos! el señor Petruchio busca el consejo prudente de un anciano experimentado.

PET. ¡Nada de consejos! Yo mismo me he aconsejado y he logrado convencerme.—El caso es, señor Bautista, que desde mi llegada á Padua, oigo hablar de que teneis una hija, á la que Dios ha querido premiar con todos los atractivos de la belleza y la virtud.

BAUT. (Se dirige presuroso á Blanca.) Blanca, hija mía, vé allá dentro un rato. Acompañadla, Flavio, y dad á un tiempo lección á ella y á Catalina.

FLAV. Serviros deseo.

PET. Lo que yo pienso decir, puede oirlo esta doncella, sin menoscabo de sus castos oídos.

BAUT. ¡No importa, no importa!

HORT. (Aparte á Blanca, acompañándola de la mano hasta la puerta.) Id sin temor. Este amigo es aliado nuestro y él nos ha de librar de la tiranía de vuestra hermana.

BLAN. (A Hortensio.) ¿Y cómo?

HORT. (A Blanca.) ¡Pronto lo sabréis!

GRU. (Desde el foro.) A mí me da mala espina este músico. Creo que la música que él haga sólo ha de servir para arrullar los niños llorones.

ESCENA IV

BAUTISTA, PETRUCHIO y HORTENSIO sentándose en primer término, GRUMIO en el foro

BAUT. Podeis hablar, señor Petruchio.

PET. Digo, pues, que la hermosura, la gallardía y la virtud de esta vuestra hija, de que os hablo, son difundidas en Padua por las trompas de la fama, y han cautivado tales elogios mi voluntad.

BAUT. Os doy gracias por tan favorable opinión, en nombre de mi hija Blanca, que es precisamente la que acabais de ver.

PET. ¡Ah! Señor Bautista, esos conceptos cuadran bien á Blanca, no lo dudo; pero que no me los agradezca porque no es de ella de quien hablo, sino de otra hija vuestra, mayor que Blanca en edad y en atractivos.

BAUT. (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Habláis de Catalina?

PET. ¡Justo y cabal! ¡De Catalina hablo!

BAUT. (A Hortensio con acento de duda.) ¿Pero habla de Catalina?

HORT. ¡Ya lo oís! A Catalina se refiere.

BAUT. (Con regocijo.) ¿Es esto un sueño? (Transición.) Perdonad, señor Petruchio, Catalina no os puede convenir. .

PET. ¿Que no me puede convenir?... Pero... ¡ya comprendo! Esa es una delicada manera de darme á entender que no queréis separaros de vuestra adorada Catalina. Es, como solemos decir, vuestro ojo derecho...

BAUT. ¿Que no quiero separarme de ella? ¡Si mi temor es que no podré casarla en toda la vida! ¡Si entrego doblado su dote al valiente que la haga su esposa!

PET. ¿Doble dote decís? ¡Oh, regocijo! Pues yo soy ese valiente, yo soy el hombre que necesitáis, es decir, el que necesita Catalina.

GRU. (Aparte.) ¡Cómo le ha entusiasmado lo del doble dote! ¡Es muy desinteresado!

BAUT. ¡Ah! ¡Veo que el amigo Hortensio no os ha puesto en antecedentes!

HORT. ¡Cómo que no! ¡Sin dejar un tilde! ¿Iba yo á engañar á un amigo?—Necesito una esposa, me ha dicho.—Pues yo puedo ofrecerte una, le he contestado, que es rica, noble y hermosa, pero de un carácter insufrible. Yo la he pretendido y he tenido que renunciar á ella, convencido de que á su lado no hay paz ni reposo; el paraíso con ella sería un infierno horrible...

PET. ¡Esas mismas palabras me ha dicho! ¿Es cierto todo ello?

BAUT. (Con pesar.)¡Ay! ¡Desgraciadamente, sí!

HORT. También le he dicho que amo á Blanca, que no os oponéis á tales amores; pero que no me concederéis su mano sino después de casada Catalina.

BAUT. ¡Oh! Es firme en mí tal propósito. Mi Blanca, con su bondad y su dulzura, es el único alivio que encuentran los sinsabores que Catalina, con su carácter impetuoso, me proporciona. ¡Casar á Blanca y quedarme con su

hermana, sería igual que regalar el bálsamo y quedarme con la herida abierta!

PET. ¿Y no habrá algo de exageración en eso, señor Bautista?

BAUT. ¡Ah, no! El cielo es testigo de todo ello. Blanca tierna como una paloma; no tiene más pasión que la música; por eso he llamado á un afamado profesor, que es ese que la acompaña...

GRU. (Aparte.) ¡Buena música celestial la enseñará el tal profesor!

HORT. ¿Qué dice el señor Grumio?

GRU. Hablaba á solas conmigo. Soy mi propio confidente y me digo á mí mismo los secretos.

BAUT. ¡En resumen: que no caso á la una sin casar á la otra!

PET. ¡Bueno! Pero eso no querrá decir que me deba casar con las dos á un tiempo.

BAUT. ¡Qué bromista es el señor Petruchio!

HORT. ¿De modo que si mi amigo se casa con Catalina, me concedéis la mano de Blanca?

BAUT. ¡Tres días después, os casais con Blanca!

PET. (Levantándose decidido.) ¡Voto al chápiro! Pues ya estamos todos de acuerdo. Yo me caso, tú te casas, las dos mozas se casan... ¡Vaya! Podéis, señor Bautista, disponer las dos bodas. ¡Las cosas deben hacerse así: de golpe y porrazo!

GRU. (Aparte.) ¡Las bodas siempre son cosas de golpes y porrazos!

BAUT. ¡Un poco de calma, señor Petruchio, un poco de calma! No estará de más que antes conozcais á Catalina...

PET. ¿Pero no es la que sembraba esas flores (Aludiendo á las arrojadas con ira al suelo por Catalina) cuando nosotros llegábamos?

BAUT. ¡La misma!

PET. ¡Pues como si nos hubiéramos tratado toda la vida! Es hermosa, resuelta, gallarda, tiene una cara muy expresiva, unos ojos llenos de dulzura... Nada, nada, que os pido su mano.

BAUT. (Aparte.) ¡Qué hombre tan original!

PET. ¿Me la concedéis?

BAUT. ¡Si lo decís formalmente!

GRU. (Aparte.) ¡El buen señor lo ve y no lo cree!

PET. ¡Con la mayor formalidad! Lo que hay es que yo no pierdo el tiempo en galanteos. ¿Me la negais? pues me retiro. ¿Me la concedeis? pues á casarnos.

BAUT. ¡Es que tampoco quisiera casarla contra su voluntad!

PET. ¿Contra su voluntad? ¿Creeis que haya mujeres que se casen contra su voluntad? ¡Nunca ha sucedido eso!

BAUT. En fin... ¡procurad atraeros su afecto, y que el cielo os proteja!

PET. ¡Amén! ¡Así lo espero! Catalina es como yo: impetuosa, volcánica. Cuando dos fuegos se atraen devastan cuanto los separa. Catalina y yo tardaremos poco en formar una inmensa hoguera de pasión...

BAUT. (Aparte.) ¡No debe estar en su cabal juicio! (Alto.) Voy á llamarla.

PET. ¡Siglos me parecen los instantes que tardo en verla!

BAUT. No vayais á desanimaros por la primera contrariedad que os oponga.

PET. ¿Desanimarme? ¿Retroceder? ¡Ah! Señor Bautista no me conceéis. He visto desencadenarse horrible tempestad en medio del mar; he visto encresparse las olas amenazando devorarme; han ensordecido mis oídos en la guerra el choque de las armas, los relinchos de los caballos, las blasfemias de los combatientes, el estampido de los cañones... ¿y queréis que me atemorice al ímpetu de una mujer? Dulce melodía serán para mí sus gritos y protestas. ¿Atemorizarme yo? ¿Qué te parece, Grumio?

GRU. (Adelantándose con respeto.) ¡Ah! Señor. Este amo mío es fuerte y duro como una estatua de bronce. Nada le hace mella, ni el viento, ni el frío, ni la lluvia, niel hielo. ¿Valiente? Le he visto en el muelle de Nápoles, espada en mano, acorralar á diez pescadores armados de cuchillos. ¡Ah! Mi señora Catalina será muy dichosa con él. ¡Muy dichosa!

PET. (Conteniendo á Grumio.) ¡Conque... venga, venga esa fiera que yo me encargo de amansarla!

BAUT. (Aparte.) ¡Vaya! ¡El cielo me envía este hombre! (Alto.) Voy por ella... (Hace intención de salir pero se detiene al oir voces de Catalina y desacordes sonidos dados con ira en el laud.) ¡Está dando la lección de música!

GRU. (Aparte.) ¡Ya se conoce en la armonía! (Se oye el ruido del laud, descargado sobre la cabeza de Flavio, y aparece éste con el instrumento roto en la mano y doliéndose del golpe.)

CAT. (Dentro.) ¡El diablo te lleve, musiquero insufrible!

ESCENA V

DICHOS, FLAVIO

BAUT. ¡Qué es eso! ¡Qué pasa!

FLAV. ¿Qué ha de pasar? Que ha deshecho el laud, y casi mi cabeza.

PET. ¡Oh! ¡Así, así me gustan las mujeres!

BAUT. ¿La habéis irritado?

FLAV. ¡Señor, por los clavos de Cristo! ¿Qué he de irritarla yo?

GRU. (Aparte.) ¡La niña debe irritarse sin auxilio de nadie!

FLAV. Quise colocarle sus dedos en los trastes, y le decía: «Pero si no tenéis paciencia nunca aprenderéis á tocar.» ¿Que no? ¿Que no sé tocar? ¡Mira como sé! Y al propio tiempo que me llenaba de injurias, me rompió el laud aquí (Señalando la cabeza.), levantándome una montaña de chichones. ¡Ay de mí!

GRU. (Aparte.) ¡Mal suena la música tocada en la cabeza!

PET. ¡Ah! ¡Qué adorable mujer! ¡Qué ganas tengo de verme frente á frente con ella!

BAUT. Id, id, pobre Flavio, que os pongan bálsamo y una venda. Yo os gratificaré por ese golpe inesperado. (Se oyen nuevos gritos y golpes.)

FLAV. ¡No la dejéis sola con Blanca, es capaz de arremeter con ella!...

ESCENA VI

DICHOS, BLANCA, precipitadamente; á seguida CATALINA, iracunda.

BLAN. ¡Jesús! ¡Qué mujer! ¡Es insufrible, padre mío, es insufrible!

CAT. ¡Miente en cuanto diga! Es una embustera.

BAUT. ¡Pero fiera, si no ha dicho nada la infeliz!

BLAN. (Gimoteando.) Me ha llamado desvergonzada.

BAUT. Tú eres la mala pécora. ¿Qué has hecho con este pobre músico?

CAT. Meterle su música en los sesos.

BAUT. ¿Y te parece eso bien?

CAT. ¿Y os parece bien á vos que me deje tocar las manos, como hace con esa gatita mansa? ¡Vaya noramala!

BLAN. ¿Pues no dice que se entretiene más con mis manos que con el laud?

CAT. Y si el señor padre no tuviera telarañas en los ojos, vería que el tal músico, en vez de darte lección, te galantea.

FLAV. ¿Yo? ¿Yo galanteo? ¡Eso no es cierto!

BAUT. ¡Resultará que también el músico te da celos!

CAT. ¡Qué celos he de tener yo de un guitarrista de alfeñique! ¿Creeis, por ventura, que á mí me gustan los hombres de guirlache?

PET. ¡Admirable! ¡Admirabilísima!

BAUT. (Aparte á Petruchio.) ¿Qué os parece esta fiera?

PET. ¡Ah! ¡Encantadora!...

BAUT. ¿De modo que perseverais?...

PET. ¡Ya lo creo! ¡Hasta la duda me ofende!...

BAUT. Entonces... (Aparte.) ¡Dios nos coja confesados! (Alto.) ¡Catalina, hija mía! (Toma de la mano á Catalina para presentarla; esta mira con arrogancia á Petruchio.) El señor Petruchio, caballero noble, rico, hijo de un antiguo amigo mío, ha venido á conocerte.

CAT. (Rápidamente.) ¿A conocerme? ¿Para qué?

BAUT. ¡Ten paciencia! El señor Petruchio me ha hecho mil elogios de tí.

CAT. ¡Jesús, qué novedad! ¿Elogiarme á mí?

BAUT. ¡Y me ha pedido formalmente tu mano!

CAT. ¡Mi mano! ¿Y para qué la quiere?

PET. ¡Para enlazarla con la mía por toda una eternidad!

CAT. ¿Y no habéis dicho al señor Perruchio ó Petruchio, ó como se llame, que no gusto de que se burlen de mí?

PET. No hay tal burla, hermosa dama, y os lo demostraré si me concedeis una breve audiencia. Ruego á todos nos dejen hablar unas cuantas palabras.

BAUT. Vámonos á la habitación inmediata; amigo Hortensio, dad la mano á Blanca.

BLAN. (A Catalina.) ¡Vamos! ¡No dirás que es mal mozo!

CAT. ¡Eh! ¡Déjame en paz!

HORT. (Conduciendo á Blanca.) ¿No os lo decía yo?

BLAN. Pero, ¿creeis que se casarán?

HORT. ¡Él está decidido!

PET. ¡Grumio! Salte tú también! (Aparte á Grumio.) ¿Qué te parece tu futura señora?

GRU. (A Petruchio.) A mí me parece de perlas; ¡pero mis costillas tienen algo de miedo!

CAT. (A Bautista.) Pero, ¿no es una farsa todo esto?

BAUT. No, hija, no, es cosa formal. Acuérdate de lo que te dije antes. Procura no ahuyentarle... no tratarle con fiereza... porque si no... claustro para siempre!

CAT. ¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!

BLAN. Venid Flavio.

BAUT. ¡Vamos, vamos todos!

ESCENA VII

CATALINA, PETRUCHIO

Pausa. Catalina se cruza de brazos sin mirar á Petruchio y da señales de impaciencia, golpeando con el pie en el suelo. Petruchio á un lado, mira sonriente á Catalina y se atusa el bigote.

PET. (Acercándose lentamente.) ¡Conque, vamos á ver, hermosa Cata!

CAT. (Contesta siempre nerviosamente con algo de ira, procurando dominarse, y no consiguiéndolo á veces. Otras veces hace muecas de desdén ó de mofa.) ¿Cata?...

PET. Sí; Cata, Catina, Catala .. ¿no os llamais así?

CAT. ¡Caballero! ¡Las personas bien educadas me llaman Catalina! ¡Ese es mi nombre!

PET. ¿Las personas bien educadas? Decid más bien las que os hablan con temor, con respeto ó con indiferencia... pero todo el que sienta por vos afecto dulce, tierna simpatía, cariño amoroso... todo el que, como yo, solicite vuestra intimidad, vuestra benevolencia... os llamará Cata, Catina, que es nombre que sabe á gloria, á almíbar de los cielos...

CAT. ¡Parecéis un confitero!... ¡Dulce!... ¡almíbar!...

PET. Pues lo diré de otro modo, hermosa mía; Cata y Catina tienen para mí significado de criatura delicada, de rostro infantil, de niña candorosa y dócil... (Mueca de Catalina.) ¡Qué mohín tan delicado y gracioso habéis hecho!

CAT. (Secamente.) ¡No sé hacer otros!

PET. ¡Ah! Con ellos me acomodo.—Oid, Catalina; oid dos solas palabras. He corrido medio mundo, buscando una mujer á quien hacer mi esposa. Llegué á Padua, atraído por la fama de vuestros méritos; y con ser tantos los elogios que he oído, veo ahora que anduvieron vuestros heraldos algo avaros de alabanza. Dicen que vuestro carácter es de tal naturaleza, que podéis con él hacer la felicidad de cualquier hombre. Todas estas circunstancias, aderezadas con la grata impresión que vuestra vista ha causado en mí, me han hecho exclamar desde luego: «¡Petruchio, esta mujer te conviene!»

CAT. Linda frase. «¡Esta mujer te conviene!» ¿Acaso soy yo tela de mercader, para que hableis de conveniencia? «¡Esta mujer me conviene!» ¡Lo que os conviene, señor adusto, es una soga al cuello!

PET. ¡Bueno! ¡Pues eso, en resumen, viene á ser el matrimonio!

CAT. Es que la soga la ponen los verdugos.

PET. ¡Por eso os he elegido á vos, para que lo seais mío! (Se va acercando.) Y muchos mozos habrá que envidien un verdugo con manos

tan delicadas. (Va á tomarle una mano y ella la retira airada.)

CAT. ¡Téngase allá!

PET. Con un talle esbelto y gentil. (Intenta cogerla por la cintura, y le da ella un bofetón.)

CAT. ¡Tomad, por atrevido!

PET. (Va á encolerizarse y se domina.) ¡Voto á!... (Transición.) Le tomo... le guardo... y le devolveré multiplicado.

CAT. ¡Cómo! ¿Sois, por ventura, de esos hombres que azotan á las mujeres?

PET. ¡No! ¿A las mujeres? ¡No! ¡A la mía, nada más que á la mía!

CAT. Pues la noticia no es para que os ganéis la voluntad de nadie.

PET. ¿Tenéis miedo á los hombres?

CAT. ¡Nunca!

PET. ¡Ni yo á las mujeres! ¡Conque, ya veis que somos tal para cuál, y que hemos nacido el uno para el otro!

CAT. ¡Qué!... ¿Sois capaz de insistir en vuestra empresa?

PET. (Con ímpetu y creciente energía, imponiéndose.) ¿Yo? ¡Pues ya lo creo! Soy capaz de todo. ¡No me conocéis, Catalina! (Impetuoso.) Mi voluntad es de hierro; cuando me propongo una cosa, la hago, ¡pese á quien pese! ¡Ni las tropas de Jerjes me harían retroceder! ¿Lo oís? (Con dulzura.) Tenéis detractores; ¿quién no los tiene? Dicen que fruncís el entrecejo, (Catalina va haciendo lo que indica Petruchio.) que dais pataditas en el suelo... que crispais los puños... que sois desdeñosa... que tenéis pésimo carácter...

CAT. (Iracunda.) ¡Yo, mal carácter!

PET. Pero ¡no! ¡no! se equivocan, porque sois dulce, como los dátiles de la Arabia; suave, como la piel del armiño; gallarda y gentil, como una vara de nardo... (Se va acercando á ella, y al sentirlo Catalina levanta la mano para darle un bofetón, pero se detiene.) ¡Cómo! ¡Otro bofetón! ¡No! ¡eso no! ¡no!

CAT. ¡Puesto que parece que le andais buscando!

PET. Lo que ando yo buscando es someteros, do-

minaros y... ¡ya os apresé! (La ha cogido ambas manos por sorpresa y la sujeta, Catalina forcejea para desasirse y no puede. Se quedan ambos mirándose de hito en hito. Petruchio con dulzura, Catalina con ira)

CAT. ¡Soltad! ¡Soltad os digo!

PET. ¡Quieta, fierecilla, quieta! ¡Ya eres mía! ¡Soy más fuerte que tú! ¡Más enérgico! ¡Más decidido! ¡Tienes que someterte!

CAT. ¿Y me tutea?

PET. ¡Sí; de hoy para siempre! ¡Tú eres mi amor, mi ilusión, mi entusiasmo...(La suelta.) ¡Cata, Catina mía!

CAT. ¡Vuestra conducta no es la de un caballero!

PET. (Incomodándose.) Pero es la de un hombre firme y de carácter, ¿estamos?

CAT. (Aparte.) ¡No sé qué pensar de este hombre!

PET. (Decidido.) ¡Catalina!... Te he visto, me he enamorado de tí; quiero hacerte mi esposa... ¿Me quieres?

CAT. ¡No, no; os oborrezco!

PET. (Fuera de sí.) ¿Sí? ¡Pues asunto concluído! ¡El domingo nos casamos! ¿Qué es hoy? Miércoles. ¡Pues el domingo á la iglesia!

CAT. ¡Yo no quiero!

PET. Es inútil. Yo sí quiero, gatita montés. ¡Y será! Además, todo está arreglado. He tratado de la dote con tu padre. Ahora voy á encargar los presentes de la boda.

CAT. ¡He dicho que no quiero!

PET. Y yo digo que quiero. Pues si no fuera conmigo, ¿con quién te ibas á casar, fiera indómita? Yo te convengo, del mismo modo que tú me convienes. Lo juro por esos hermosos ojos que despiden lumbre como dos fraguas de Vulcano. (Va á hablar Catalina y no la deja.) ¡Nada, ni una palabra! ¡ni la menor protesta! ¡Lo quiero yo! ¡Lo quiero yo! ¡Yo! Que no quiero que tengas más voluntad que la mia. (Llamando) ¡Bautista! ¡Hortensio! ¡Grumio! (A Catalina.) ¡Ay de tí si llegas á pronunciar el no! (Con dominio.) ¡Es mi voluntad! ¡Lo quiero yo! ¡Bautista!

ESCENA VIII

DICHOS, BAUTISTA, HORTENSIO, GRUMIO, BLANCA y FLAVIO

BAUT. ¿Qué ha dicho?

HORT. ¿Acepta?

PET. (Con tranquilidad.) ¡Sin la menor protesta! ¡Con entusiasmo!

CAT. Yo...

PET. (Confundiéndola con la mirada.) ¡Basta! Ni la menor explicación. Sobre que eso no le importa á nadie, es cosa nuestra.

BAUT. Pues no tiene la cara muy regocijada.

PET. Naturalmente. El rubor. ¿Habéis visto jamás doncella que, hablándola de amores, no enmudezca y arrugue el ceño?

CAT. (Aparte.) ¡Hablador!

BAUT. ¿Qué dice?

PET. ¡Nada! ¡Que parece arisca, irascible, violenta... nada de eso! Para el hombre á quien adora, es como una mantequilla... Dí, Catalina; repite á los presentes todo lo que me acabas de decir. (Catalina va á hablar. Petruchio le corta la acción.) No, Catalina, no. Ni una palabra; no quiero que el natural rubor enrojezca tus hermosas mejillas. Nuestro cariño, es nuestro, del uno para el otro; nadie tiene derecho á escudriñarle...

BAUT. ¿Es cierto todo eso, hija mía?

CAT. ¡Dejadle hablar á él solo! ¡que diga cuanto quiera! ¡Eso es una taravilla, un río de palabras! Se cree que así va á hacerse dueño de mi voluntad...

PET. ¡Y guay del que lo dude!—Y bien, mi querido suegro; nada hay que hablar. Todo está convenido.

BAUT. ¡Sí lo está! ¡Lo está por mi parte!

PET. ¡Y por la mía!

BAUT. ¿Y por la de Catalina?

PET. ¡También, también! ¡Tengo su palabra!

BAUT. ¡Qué felíz soy con esto, Catalina mía!

CAT. (A Bautista.) ¿Sois feliz? ¿Feliz, porque vais á

veros libres de mí? ¿Vos? ¿Mi hermana? ¿Todos?

BAUT. ¡No, hija; no ês por eso!

BLAN. Por Dios, hermana, ¿quién te dice?...

CAT. No diréis que no soy obediente. Entre tirarme por un balcón ó casarme, prefiero esto último.

GRUM. (Aparte.) ¡Qué equivocada está!

CAT. Acepto. ¡Sí! ¡me caso! ¡ó me casan!

PET. No; nos casamos...

CAT. ¡Bueno, bueno! ¡Cuanto antes; ahora mismo!

PET. No, Catina mía, no. Ten paciencia. ¡El domingo, el domingo sin falta! Preparad lo necesario, querido suegro. ¡Corred la noticia por Padua, que todo bicho viviente lo sepa! Invitad á todo lo principal de la ciudad. Yo voy á Florencia por los vestidos de la desposada. Quiero que sean ricos, espléndidos como ella se merece. Quiero que cause envidia á todas las mozas de la ciudad. ¡Grumio, los caballos! ¡Adiós, adiós todos!

BAUT. ¡Id con bien!

HORT. ¡Dios os bendiga!

BAUT. ¿El domingo?

PET. Sí, hasta el domingo. ¡Sin falta alguna, aunque se hundiera el cielo! ¡Voy loco de alegría! ¡Catina mía! (Va á abrazarla y ella lo rechaza, dando un respingo.) Querida hermana, amigo Hortensio, suegro de mi corazón, tañedor ilustre, ¡adiós, adiós! (Va á tomar una mano de Catalina para besarla y ésta le rechaza.) ¡Chist!... ¡Cuidado!... ¡Ah, sí; eso es lo convenido! Adiós... (Desde la puerta envía con la mano un beso á Catalina y sale rápidamente, seguido de Grumio.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

CATALINA, BAUTISTA, HORTENSIO, BLANCA y FLAVIO

Se oyen las campanas de una iglesia vecina tocando á fiesta. En primer término á la izquierda está sentada CATALINA en traje nupcial. Dos criadas la arreglan la cabeza y las ropas, como dando la última mano al tocado, y se retiran cuando Catalina comienza á hablar. Esta muestra impaciencia, da respingos á las criadas, taconea en el suelo, etc., etc. BAUTISTA, FLAVIO y BLANCA, miran con interés desde las ventanas del jardín, y hacia la derecha; HORTENSIO hace lo mismo desde la segunda puerta derecha que es la de entrada. Menean la cabeza demostrando impaciencia y luego bajan todos al proscenio, cuando acaban de tocar las campanas, y se miran unos á otros, y con especialidad á Catalina. Pausa

BAUT. (Con pesar.) ¡Estamos frescos!

FLAV. (Aludiendo á Catalina.) Menos alguien que yo sé, que está echando chispas.

HORT. ¿Pero dónde se habrá metido ese hombre?

BAUT. Las diez de la mañana ya, la novia vestida, en la iglesia todo dispuesto...

FLAV. Los convidados esperando... la calle empavesadada... los canastillos llenos de flores...

BAUT. Y Petruchio...

BLAN. Y Petruchio...

FLAV. Y Petruchio... no parece.

HORT. No hay que desesperarse. A veces, y cuan-

do menos se piensa, surje un retraso inesperado por la cosa más pequeña...

BAUT. ¡Flavio, amigo Flavio! ¿Queréis prestarme un favor?

FLAV. Ordenad, señor Bautista.

BAUT. Dad una vuelta por las calles, id á la posada, entrad en la iglesia, recorred la plaza, procurad adquirir alguna noticia, y en cuanto encontréis el menor resquicio de esperanza, volad á tranquilizarnos.

FLAV. Voy corriendo por serviros. (Vase.)

ESCENA II

DICHOS menos FLAVIO

BAUT. ¡Qué bochorno! ¡Qué vergüenza para mis canas!

CAT. (Imperiosamente.) ¿Y yo? ¿Y yo? ¿Creéis que porque no tengo canas, es menor la humillación en que me veo?... A vosotros todos, que me habéis impuesto este casamiento para deshaceros de mí, os debo esta situación poco envidiable...

BAUT. Hija, por Dios, no aumentes con tus quejas mi disgusto.

CAT. ¿A quién se le ocurre entregarme de buenas á primeras á un recién llegado, que quizá sea un truhán, ó un loco?

HORT. ¡No es nada de eso!

CAT. Es por lo menos un estrafalario que se casa cuando no tiene otra cosa que hacer...

BAUT. ¡Lo que yo me temo es que se haya arrepentido!

CAT. ¡Pues ahora no hay que echar la culpa á mi carácter. ¡Creo que más docilidad que la mía, no se encuentra ni en un niño recién nacido!

HORT. Señores, no hay que abandonarse á los peores pensamientos. Petruchio no se arrepiente, ni Catalina le ha dado motivo para ello, ni hay, por tanto, ocasión para ninguna mala sospecha.

CAT. ¡Ah! Pero ya dijo que había corrido el mundo en busca de esposa. Si en todas partes ha hecho como aquí; buscar una dama, solicitarla, prometerla, pedir su mano, y á la postre dejarla compuesta y sin novio...

HORT. Tened paciencia, Catalina, Petruchio...

CAT. ¡No le defendáis! Tan bueno seréis vos como él...

HORT. ¡Por Dios, Catalina, por Dios!...

CAT (Se pone rápidamente en pié con cara iracunda y crispando las manos.) Si con la ira que ahora tengo se me pusiera delante, había de enterarse el señor Petruchio de quién es Catalina...

BAUT. ¡Hija, tranquilízate!...

CAT. (Rompiendo á llorar con ira.) ¡No quiero, no quiero estar tranquila!

BLAN. ¡Hermana!

CAT. ¡Vete de ahí, gazmoña!...

HORT. (Cariñosamente.) Calma, calma...

CAT. ¡Téngase allá! ¡No quiero ver á nadie, todos os gozáis en mi desdicha!... (Vase sollozando por la izquierda. Los demás se quedan silenciosos y acongojados.)

ESCENA III

DICHOS menos CATALINA, luego FLAVIO que llegará jadeante y sin poder hablar por el cansancio

BAUT. La infeliz tiene ahora motivos para llorar y desesperarse. ¡Pobre hija mía!

BLAN. No, no quisiera yo hallarme en lugar suyo.

HORT. Pero aun es pronto para entregarse á tales lamentaciones.

BAUT. Vos, amigo Hortensio, tenéis quizás demasiada confianza en el señor Petruchio.

HORT. ¡La tengo absoluta! Es un carácter raro, no lo niego. Si no fuera así, ¿se casaría con vuestra hija? ¡Ah! perdonad...

BAUT. ¡No, no! por esa parte, tenéis razón.

HORT. Pero, Petruchio, á pesar de sus extravagancias, es hombre formal, de palabra firme,

de propósito decidido, de voluntad inquebrantable ..

BLAN. (Que estaba mirando por la puerta de entrada.) ¡Oh, Flavio llega! .. (Entra corriendo Flavio, y hace señas de que no le acosen y le dejen respirar. Todos le preguntan precipitadamente)

HORT. ¿Y bien, señor Flavio?

BLAN. ¿Sabéis algo?

BAUT. ¿Hay noticias?...

FLAV. Las hay...

HORT. ¡Gracias sean dadas á Dios!

BAUT. ¿Buenas ó malas?

FLAV. Ni buenas...

BAUT. ¡Dios nos ayude!...

FLAV. Ni malas...

BLAN. ¡Del mal el menos!

BAUT. ¿Viene Petruchio?

FLAV. ¡Viene!

HORT. ¿No lo decía yo? ¡Es preciso volverle la honra!

FLAV. Pero...

BAUT. ¿Hay un *pero?*

FLAV. No, hay varios *peros*...

BAUT. ¡Nos tenéis intranquilos!

BLAN. Hablad pronto...

FLAV. ¡Si no me dejáis reponerme!

BAUT. (Acercando una silla á Flavio.) Reponéos y contad.—Lo principal es que venga; puesto que decís que viene...

FLAV. Pronto le veréis llegar. Viene á caballo acompañado de su escudero Grumio.

HORT. ¡Vamos! ¿Qué me decís ahora?

BLAN. ¡Qué alegría!

FLAV. Digo á caballo, por decir de alguna manera que no vienen á pie; pero aquéllos no son caballos, sino dos pellejos de caballería con unos cuantos huesos dentro.—Los animales no pueden tenerse en pie, llenos de mataduras, uno cojo, otro medio ciego. ¿Y enjaezados? En vez de riendas, sogas; en vez de cinchas, tiras de cuero empalmadas; el amo trae un arzón lleno de polilla y remendado, cada estribo de su clase; el escudero, sobre una albarda...

BAUT. Quizás por no retrasarse hayan tomado las primeras cabalgaduras que hayan hallado á mano.

FLAV. ¡Quiá! Antes parece que traen decidido propósito de llamar la atención, porque no habréis visto tipos más extravagantes en los días de la vida. ¡Cómo vienen vestidos ambos!

BAUT. ¿Bien ó mal?

BLAN. ¿Con lujo y esplendor?

FLAV. Como dos locos escapados de un hospital. Nadie diría si no que han buscado las prendas en la testamentaría de una compañía de cómicos. El uno lleva un sombrero viejo, todo lleno de plumas, que le dan la facha de un papagayo. En una pierna trae calzón de punto y zapato; en la otra gregüesco con bota estezada; la ropilla es deslucida y acuchillada, toda de colorines; la gola vieja; y lleva en la mano un látigo con el que azota el flaco rocín. A todo esto el cabello en desorden... la cara sin afeitar...

BAUT. (Apesadumbrado.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

FLAV. Y el escudero va lo mismo. Cintajos por aquí, lazos por allá, mucha pluma en el sombrero...

BLAN. ¿Y llamarán la atención?

FLAV. ¡Ya lo creo! vienen seguidos de unos cuantos ganapanes á quienes sin duda han pagado para que griten: «¡Viva el señor novio! ¡Viva el poderoso señor novio!»

BAUT. ¿Pero qué se propone? ¿Que Catalina se deje arrebatar por la cólera y le envíe noramala?

FLAV. ¡Ah! ¡Eso tenedlo por seguro; en cuanto le vea!

BLAN. ¡Dios mío! ¡Todo se desbarata!

HORT. (¡Ese demonio de Petruchio!—¡Pero, quiá, esas extravagancias deben entrar en el proyecto suyo!)

(Se oyen dentro rumores de muchedumbre y gritos de muchachos: «¡Viva el novio! ¡viva! ¡viva!»)

FLAV. Ahí le teneis ya.

BAUT. ¡Me tiemblan las carnes!

BLAN. ¡No me atrevo á mirar!

PET. (Dentro.) ¡Gracias, amigos míos, gracias! Ahí van esas monedas para que os emborracheis á mi salud. ¡Grumio, deja sueltos los caballos! ¡Catina! ¡Catina mía! Ya estoy aquí... ya está aquí tu Petruchio. (Aparece en escena, quedándose plantado con arrogancia, causando asombro á todos.)

ESCENA IV

DICHOS, PETRUCHIO y GRUMIO, vestidos tan estrafalariamente como dijo Flavio. Entran tras de ellos algunos caballeros invitados y escuderos que rodean á Grumio

PET. (Quedándose parado.) ¿Y mi novia? ¿Dónde está ese pedazo de purísimo cielo que se llama Catala? ¿Dónde está?

BLAN. ¡Jesús qué facha!

FLAV. ¿No viene como decía yo?

HORT. ¡Qué extravagancia!

PET. ¡Hola, querido suegro, un abrazo fuerte!

BAUT. ¡Ay, que me ahogáis!

PET. Cuñadita mía, os beso las manos. Estais encantadora.

BLAN. ¡Vos no lo estais!

PET. Vengan esos cinco, amigo Hortensio. ¡Hola! profesor de laud. Hoy tendreis ocasión de tañer cuanto queráis vuestro instrumento. (Todos se quedan parados y mudos como dominados por el estupor.)

PET. Pero, ¿qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Qué caras de miserere son esas?

BAUT. (Con decisión.) Ocurre, señor Petruchio, que en día tan de fiesta como este, en que debíais haberos vestido las mejores galas, os presentais en un traje muy poco á propósito para la ceremonia en que vais á ser la figura principal.

PET. ¡Voto á San! No es mía la culpa, querido suegro, sino de ese truhán de sastre á quien voy á colgar por las orejas, de una ventana de mi castillo. Le encargué un traje esplendoroso, digno de un príncipe, que llamara la atención á todo Padua, pero me ha falta-

do á su palabra. He estado espera... y espera... y espera...

BAUT. Y nosotros, y nosotros también...

PET. Por esa razón me impacientaba y no quise haceros aguardar más. Me he venido, pues, de cualquier manera... ¡Qué más da!—En fin, ya estoy aquí. ¿Dónde está mi Catalina, dónde está la mitad de mi corazón?

BAUT. ¡Supongo que no os presentareis á ella sin quitaros ese traje!

PET. ¡Que me quite el traje! ¿Pero es ahora costumbre casarse en camisa?

BAUT. Quiero decir, que debeis poneros otro más á propósito. ¡Yo os prestaré uno!

PET. ¡Voto al chápiro, el hábito no hace al monje! ¿Va Catala á casarse conmigo ó con mi ropa? (Incomodándose.) No comencemos á poner inconvenientes, porque juro por las once mil que lo echo todo á rodar. O se me toma tal como soy ó me vuelvo á mi casa.

BAUT. (Acongojado á Hortensio.) ¡Ay, amigo Hortensio!... ¡Todo se ha perdido!

HORT. ¡Dejadle! ¡Su intención llevará cuando hace esas cosas!

BAUT. ¡Pero mi hija le va á despedir!

HORT. ¡Ya veremos!

PET. ¿Pero dónde está mi Catina? ¿No está lista todavía? ¡Voto va! ¡Si ya debíamos estar en la iglesia!

BAUT. Voy á avisarle de que habeis llegado.

PET. ¡No, no! ¡La llamaremos y es más breve! ¡Catala, Catina mía!—¡Llama tú también, Grumio, llama!

GRU. (Dando vueltas por la escena.) ¡Doña Catina, mi señora doña Catina! ¡Soy yo, Grumio!

BAUT. ¡Dios mío, no cabe duda! Son un par de locos...

PET. ¡Ah, aquí está! (Todos miran á la puerta de la izquierda donde ha de aparecer Catalina. Frente á la puerta, y á distancia, se coloca Petruchio que hará demostraciones de admiración y regocijo al ver la hermosura de Catalina.)

BAUT. (Corriendo á impedir que Catalina entre.) ¡No, hija mía, no entres todavía! ¡Espérate!...

ESCENA V

DICHOS y CATALINA

CAT. (Aparece seguida de algunas damas, y empujando á su padre que la detiene, llega altiva y se coloca frente á Petruchio.) ¿Y por qué no he de entrar? ¿Va á comerme el coco?

BAUT. ¡Mira, mira! ¡Ahí le tienes!...

CAT. ¡Ya miro! ¿Y qué? ¿No es el marido que vos mismo me habeis elegido? ¿No es el rico, el noble, el enamorado Petruchio? ¿Os le han cambiado acaso? ¿No es ya de vuestro agrado?

PET. ¡Oh, encantadora Catina, hermosa mía! (Se acerca á ella, se inclina, le toma la mano y la besa respetuosamente sin protesta de Catalina que mira altanera á su padre y á todos. Petruchio hace demostraciones de entusiasmo.)

BAUT. ¿Y te atreverás á ir con él, así, á la iglesia?

CAT. ¿Y por qué no?

BAUT. ¡Hija, por lo menos hazle que se cambie de traje!

CAT. ¿Y si es ese el que se usa en su país?

BAUT. ¡Eso no se usa en ninguna parte!...

CAT. ¿Pero será posible que nos lleguemos á entender? Hace dos días era preciso casarme á todo trance con el primero que llegara, fuese quien fuese. Si así no lo hacía, ¡ay, de mí, claustro para siempre! ¿Habéis cambiado hoy de opinión?

BAUT. No, hija, sino que...

PET. ¡Eso, eso es discurrir con buen sentido!

CAT. ¡Vaya, pues yo no quiero ser ya juguete de vosotros! ¡Se acabaron mis bondades!

PET. ¡Bien dicho!

CAT. ¿He de casarme con él? ¡Pues andando!— ¿Que se burla la gente? ¡Para vos será la burla!

PET. ¡Guay del que se burle!

CAT. Si este caballero fuera un orangután, con él me casaría.

PET. ¡Justo! Pero, afortunadamente, no lo soy, hermosa mía.

CAT. ¡Vamos, vamos! ¡A la iglesia cuanto antes!

PET. (La coge de la mano para conducirla.) Muy bien, Catalina, muy bien; con ese arranque de voluntad das pruebas de tener un corazón más grande que el de ninguno de ellos.— ¡Yo soy tu Petruchio y me parecen siglos los instantes que tardo en jurar ante el altar mi fe de esposo! ¡Quien quiera que nos siga!— ¡Grumio, arrodíllate! (Grumio se acerca, se descubre é inca una rodilla ante Catalina.) ¿Juras acatar y respetar como ama y señora tuya á la que va á ser mi esposa?

GRU. ¡Señor! Lo juro. . (Con arrogancia.) por las once mil vírgenes, por los diez mil mártires y por los doce apóstoles.

PET. ¡Pues, álzate, recoge la cola del vestido de tu señora, y en marcha! (Salen precipitadamente; Bautista los sigue, las damas y los caballeros marchan después lentamente. Flavio, Hortensio y Blanca se quedan mirándose y asombrados; Blanca corre á la ventana para ver la comitiva.)

HORT. Pues á mí me da el corazón que han de ser felices; parecen nacidos el uno para el otro.

BLAN. ¡Allá van!... Todo Padua está en las ventanas, la gente se agolpa en la calle. (Murmullos y vítores dentro.) Los muchachos tiran las gorras al aire. ¡Qué animación! ¿Oís cómo los vitorean? Petruchio va al frente, orgulloso y triunfante, mi hermana á su lado, colorada como un pavo. ¡Jesús, qué procesión!... (A Hortensio.) Pero, ¿qué hacéis ahí? Conque sois uno de los testigos, y os quedáis rezagado?...

HORT. ¡Me esperaba para acompañaros á la iglesia!

BLAN. Corred, corred á ocupar vuestro puesto.

HORT. Pero, ¿no vais á presenciar el casamiento?

BLAN. ¡Ya iré, ya iré! Flavio, mi maestro, me acompañará. ¡Corred vos, no os echen de menos y por causa vuestra se retrase la ceremonia.

HORT. (Al marcharse.) (¿Será cierto que este profesor la galantea?)

BLAN. ¡No os detengáis!

ESCENA VI

FLAVIO y BLANCA

FLAV. (Acercándose amoroso á Blanca.) ¿Habéis preferido quedaros? ¿No asistís al espectáculo?

BLAN. ¿Formar yo parte de una farsa de Carnaval? ¡No en mis días! ¡Me moriría de vergüenza!

FLAV. Sea como fuere, ellos van á ser felices, mientras que yo ..

BLAN. Ya lo seréis vos cuando os llegue el turno.

FLAV. ¡Ay! ¿Y quién me fía que llegará ese apetecido instante?

BLAN. ¿Necesitáis acaso fianza?

FLAV. ¡Ah! No; necesito tan sólo que me deis completa seguridad.

BLAN. Ya tenéis mi palabra.

FLAV. ¿Sereis firme en mantenerla?

BLAN. Mi firmeza es como la de una montaña.

FLAV. ¿Y si vuestro padre os fuerza á que os caséis con Hortensio?

BLAN. Su violencia se estrellaría contra mi voluntad.

FLAV. ¿Luego es cierto que me amáis, Blanca?

BLAN. ¿Todavía lo ponéis en duda? ¿Puedo daros mayor prueba de mi afecto, que la de no aprender á tañer el laud, á fin de que las lecciones se prolonguen hasta que nos sea conveniente?

FLAV. ¡Ah! Blanca, yo os adoro con toda mi alma y no debo engañaros un momento más. Sabed, Blanca mía, que yo no soy lo que parezco.

BLAN. ¡Cómo! ¡Qué decís!

FLAV. No os alarméis; quiero decir (Con misterio.) que yo no soy maestro de laud. Sé tañerle porque desde niño sentí inclinación á la música, pero no doy lecciones ni he tenido más díscípula que la que, á su vez, es hoy mi maestra en amores.

BLAN. ¿Luego disfrazasteis vuestro estado?

FLAV. Sí, Blanca.—Me prendé de vos, y quise por

los trámites naturales solicitaros y haceros mía. Entonces supe que vuestro padre se oponía con toda tenacidad á que se os galanteara, y mucho más á casaros, sin que antes lo hubiera hecho vuestra hermana Catalina. Entonces urdí la traza de que un amigo de vuestro padre me presentara como maestro de música. Así se hizo. Pero soy rico, Blanca, mis padres son nobles, mi amor hacia vos raya en delirio. Después de estas explicaciones, ¿continuaréis amándome?

BLAN. Pues si os quise, creyéndoos maestro, ¿cómo no os he de querer, conociendo vuestras grandes cualidades?

FLAV. ¡Qué fortuna la mía!—Sólo me queda el temor de que pueda triunfar mi rival Hortensio.

BLAN. ¡No es posible!

FLAV. ¡Si tengo vuestro cariño, poco me importa todo!—Soy capaz de hurtaros, de huir con vos al otro confín del mundo...

BLAN. ¡Ah! ¡No! Ni yo daría á mi padre ese disgusto, ni será preciso tal resolución. Mi padre es bueno, me quiere, y sé que no torcerá mi voluntad.

FLAV. Entonces, á poco de casarse Catalina...

BLAN. Solicitaréis vos ser mi esposo, y yo declararé que os tengo dada palabra de ser vuestra. (Rumores en la calle.)

FLAV. ¡Qué es eso! (Va á la ventana.)

BLAN. ¿Vuelven de la iglesia? ¿Tan pronto?

FLAV. El escudero llega corriendo á todo correr.

ESCENA VII

DICHOS y GRUMIO, que llega jadeante

BLAN. ¿Qué hay, Grumio? ¿Es cosa hecha?

GRU. ¡Sí, tal! ¡Hecha á trompicones, pero hecha!

BLAN. ¡Cómo á trompicones!

FLAV. ¿Han andado á cintarazos en la iglesia?

GRU. ¡Poco ha faltado! ¿Pero vos no habéis ido?

FLAV. No.

BLAN. ¡No tal!

GRU. Pues os habéis perdido un espectáculo como no tendréis ocasión de ver otro.—Llegan los novios á la iglesia, se acercan al altar, y se observó desde luego la extrañeza del sacerdote al ver el traje de mi amo. Comienza la ceremonia, y llegamos al punto en que el cura pregunta á mi señora doña Catalina: —«¿Queréis al caballero Petruchio de Verona por esposo?»—«Sí»—contesta ella con despecho y dando un respingo de los que usa.—«¿Y vos, caballero Petruchio, queréis por esposa á doña Catalina...»—«¡Sí! ¡Voto á Briós! interrumpió, de no quererla, ¿hubiera venido aquí?»—Y cogiendo á vuestra hermana con cariño, le ha estampado un sonoro beso en mitad de la mejilla. (Al decir esto coge la cabeza de Flavio y le besa en la cara para expresar la acción; Flavio se limpia.)

BLAN. ¡Jesús, qué osadía!

FLAV. ¡Qué locura, Dios mío!

GRU. Se levantó una nube de murmullos, risas, cuchicheos. Asustado el cura, dejó caer el libro donde leía la epístola, quieren recobrarle á un tiempo mi amo y él, tropiezan cabeza con cabeza y cae el cura cuan largo es...

BLAN. ¿Y mi hermana, á todo esto?..

GRU. Erguida, impávida, fría como una estátua.

BLAN. ¡Qué escena tan extraña!

FLAV. ¡Qué falta de respeto!

GRU. Se restablece la calma, continúa la ceremonia, y mi amo no hacía sino impacientarse. —«¿Aún no estamos casados?, decía, ¿Todavía más aleluyas? ¡Vamos! ¡Más deprisa! ¡Vamos!» (Murmullos y vítores en la calle.)

BLAN. ¡Ya están ahí!

FLAV. ¡Sí, ellos son, ellos son!

GRU. Voy corriendo á cumplir las órdenes que me ha dado mi amo.

FLAV. ¿Órdenes?

GRU. Sí... ¡y reservadas!

ESCENA VIII

DICHOS, PETRUCHIO, CATALINA, caballeros y damas de acompamiento. Catalina entra primero deprisa, y se coloca á la izquierda en primer término, con los brazos cruzados

PET. Amigos míos: os doy á todos mil gracias por vuestra compañía y por las enhorabuenas que me dáis. Ya véis qué cosa tan fácil es casarse un hombre y una mujer. ¡Y ya para siempre! Querido suegro, ¡un abrazo! Cuánto me alegro de veros con cara de Pascua, en vez de la cara acongojada con que me recibisteis antes. A vos, cuñada mía, vaya un abrazo fraternal. Contad con que, desde hoy, os querré como un hermano cariñoso. Yo también estoy contento; ¡de qué buena gana me pondría ahora á bailar! pero como el amigo Flavio no tiene á mano el laud... ¡otra vez será!

BAUT. (A Catalina.) ¡Qué buen humor tiene mi yerno! ¡Procura, hija mía, procura que conserve esa alegría siempre!

CAT. (Con ira.) ¡Claro que lo procuraré! ¿Me creéis incapaz de lograrlo?

BAUT. ¡No digo eso, hija!

CAT. Es que cualquiera que os oiga creerá que no se puede vivir á mi lado.

BAUT. ¿Pero, quién lo pone en duda?

CAT. (Gritando.) Vos y todos; todos, que me consideran como una fiera, ó como una leona desesperada.

PET. (Interponiéndose entre Bautista y Catalina.) ¡A ver, á ver! ¿Qué es eso? ¿Quién riñe á mi esposa, á mi querida Catina?

BAUT. Si era que yo le decía...

PET. Ni vos ni nadie tiene ya autoridad para molestarla, ni para reñirla, ni para amenazarla, para todo eso tiene ya marido. Vos (A Bautista.) habéis perdido vuestro derecho sobre ella.

BAUT. Pero, amigo Petruchio...

PET. Silencio, digo. ¡Ay, del que moleste á mi Catina en tanto como una uña! ¡Ay, del que roce siquiera la finísima seda de su falda! Aquí estoy yo para defenderla, para ampararla, para protegerla, para perder, si á mano viene, la última gota de sangre en provecho suyo.

BAUT. ¡Pero este hombre es un loco!

HORT. (Aparte á Bautista.) Son tal para cual, señor Bautista. Una fiera y un loco. Harán una buena pareja, ya lo veréis.

PET. Y no se hable más de esto.

HORT. No, hoy es día de regocijo y de fiesta. No busquemos motivos para el menor disgusto.

PET. Así sea. Den los amigos y parientes rienda suelta á la alegría. ¿Dispusísteis espléndida comida, querido suegro?

BAUT. Cuatro cocineros están aderezando los manjares. Diez escuderos servirán la comida.

PET. ¿Es grande la mesa?

BAUT. Ocupa todo el salón de columnas.

PET. ¿Cuidásteis de los vinos?

BAUT. Los hay en abundancia, desde el Rhin oloroso hasta el grato Salerno.

PET. ¿Pusieron faisanes á asar?

BAUT. Hay faisanes de Florencia, perdices de Córcega, jamones de Marsella... Hay pescados traídos del Norte, dulces y confituras de los más celebrados fabricantes, frutas de Niza, que causa envidia el verlas, licores fabricados por los monjes más peritos...

PET. ¡Bravo, bravo; querido suegro! — Amigos míos, ya lo oís. Espléndido banquete os aguarda. Atiborraos cuanto podáis. Bebed hasta que os caigáis bajo las mesas; bailad hasta que la luz del alba y la fatiga del cuerpo os pida reposo, y no dejéis de gritar: ¡Vivan los novios! ¡Viva su ilustre padre! ¡Viva la alegría! ¡Viva la más encantadora de las mujeres, la hermosa Catalina!

TODOS ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

PET. ¡En cuanto á mí, amigos míos, en medio de tanta satisfacción y tanta alegría, me acomete un pesar!

BLAN. (¡Dios mío! ¿Qué será?)

HORT. (¡Nueva sorpresa!)

FLAV. (Con este hombre se vive con el alma en un hilo.)

BAUT. ¿Pesar, decís?

PET. ¡Y grande!!!

BAUT. ¿Cuál?

PET. El de teneros que abandonar. (Asombro general.)

HORT. ¿Abandonarnos?

PET. ¡Irremisiblemente!

BAUT. ¿Esta misma noche?

PET. ¡No, ahora mismo!

HORT. ¿Pero qué te obliga á ello?

PET. El cuidar de mis intereses, el de atender á mi hacienda. ¿Porque un hombre se case ha de dar al diablo sus obligaciones? Esta noche he de dormir en el castillo de mis antepasados.

BLAN. ¡Qué rareza! Casarse y en el acto dejar la novia.

PET. ¿Quién dijo tal? ¡No la dejo!

HORT. ¿Luego la lleváis?

PET. ¡Conmigo! ¡Ahora mismo!

CAT. (Rápidamente y colérica.) ¡Yo! ¡Yo no voy! ¡Id vos en buen hora y dejadnos en paz!

PET. (Amenazador.) ¿Qué?

CAT. ¡Que no voy!

BAUT. ¡No, señor; no va! ¡Catalina no sale de aquí!

PET. ¿Y quién sois vos para impedirlo? ¿Qué autoridad es la vuestra?

BAUT. Soy su padre, soy su amparo...

PET. ¡Ya no! ¡Lo habéis sido, pero ya no lo sois!

BAUT. (Suplicante.) Pero, Petruchio, hijo, eso es una extravagancia.

HORT. (Idem.) Cede, amigo mío, cede.

BLAN. (Idem.) Disfrutemos hoy de vuestra compañía.

PET. ¡No puede ser! Lo deploro, lo siento pero no puede ser.

BAUT. (A Catalina.) ¡Ruégale tú!

CAT. (Altanera.) Hacedlo por mí, es lo primero que os pido.

PET. ¡Ay, qué grato es que tú me ruegues, amor mío! Pídeme que sea tu esclavo, pero eso es

imposible, luz de mis ojos, vida de mi vida, ¡imposible!

CAT. (Con decisión.) ¡Pues no voy!

BAUT. (Idem.) ¡No va!

FLAV. (Idem.) ¡Que no, que no!

PET. (Colérico.) ¿Queréis que se me suba la sangre á la cabeza? ¡Ira de Dios! ¿Queréis obligarme á que haga las cosas á la fuerza? Catalina y yo nos vamos, y ¡ay, del que lo impida!

BAUT. ¡Es mi hija!

PET. Ya no es nada de nadie, sino toda mía. Me pertenece como me pertenece mi castillo, y mis tierras, y mi espada, y mis caballos, y mis zapatos. Todo lo mío es mío. (Transición.) Y tú, Catina mía, ángel de mis amores, encanto de mi vida, no me contraríes, por lo que más ames en el mundo.

CAT. (Pateando é iracunda.) ¡No quiero ir! ¡No quiero! ¡No quiero!

PET. ¡No te incomodes!

CAT. ¡Quiero incomodarme, y gritar! ¡No voy, no voy!

PET. ¿Y á qué puede conducirte esa resistencia? Déjalos á ellos que coman, que beban, que se diviertan, y tú ven á los brazos de tu esposo, de tu Petruchio que te adora. ¡Nada de ira, nada de cólera, nada de soberbia, amor mío! ¡Vente conmigo! ¡Vámonos!...

CAT. (Refugiándose en su padre.) ¡He dicho que no voy! ¡Padre mío, no quiero irme!

BAUT. ¡Señor Petruchio! Os prohibo...

PET. (Encolerizado.) ¡Qué es eso! ¿Queréis separar su cuerpo del mío? ¿Romper ya los lazos que Dios acaba de atar? ¡Grumio!

GRU. (Apareciendo.) ¡Señor!

PET. ¿Cumpliste mis órdenes?

GRU. Con toda fidelidad.

PET. ¡Pues basta de contemplaciones! (Cogiendo á Catalina rápidamente de la mano y trayéndola hacia sí. Catalina se resiste inútilmente.) Mi Catalina es mía y me la llevo. ¡Desgraciado el que se atreva á poner en ella mano! (A Catalina.) No tiembles, amor mío. Estás bajo mi amparo. Yo te defiendo contra todos.

BAUT. ¡No la dejéis salir!

FLAV. ¡Imposible el paso!

BLAN. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué hombre! (Sacan las espadas. Bautista y Flavio, al frente de los caballeros, se disponen á oponerse formando grupo á la izquierda.)

TODOS ¡Atrás!

PET. (Espada en mano; á su lado Grumio.) ¡Paso, voto á mil rayos! ¡Desafío á todo Padua á que me impida marcharme! ¡Grumio! ¡Nos bastamos para todos! ¡Yo abro paso y tú defiendes la retirada!—¡Vamos, bien mío! (Coge á Catalina por la cintura y se la lleva á viva fuerza. Grumio, cogiendo la espada con ambas manos, hace un semicírculo, acorralando á todos. De repente huye por la puerta por donde salió Petruchio y cierra. Indignación y alboroto en los que quedan en escena.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Salón espacioso en el piso bajo del palacio de Petruchio. A la derecha ventana en primer término, y puerta grande en segundo término que dan ambas al jardín. A la izquierda y en primer término gran chimenea de piedra, en segundo término puerta de entrada á la cocina y habitaciones de los criados. En el foro, y ocupando las dos terceras partes de la izquierda, corredor ó galería á la que se sube desde escena por escalera corta, y en la galería puerta espaciosa, con vidrieras de colores, que se supone da á la alcoba nupcial de Petruchio. Mesa grande de roble en el centro, un sillón de vaqueta á cada lado, sillas alrededor de la habitación. A la izquierda, en el foro, aparador con servicio de mesa, botellas, copas, etcétera. A la derecha, tambien en el foro, mesa pequeña con los candelabros apagados. Es de noche. Al alzarse el telón da repetidos aldabonazos desde fuera Grumio al propio tiempo que llama á voces.

ESCENA PRIMERA

GRUMIO y MÓNICA

GRU. (Dentro.) ¡Doña Mónica!... (Pausa.) ¡Señora doña Mónica!... (Pausa.) ¡Doña Monicaaaa!... (Incomodado.) ¡Carape! ¡Que me estoy helando de frío!

MÓN. (Sale con un farolillo por la izquierda restregándose los ojos.) Creo que han llamado.

GRU. ¡Por vida del que ató á Dios!

MÓN. ¡Quién!

GRU. ¡Abrid con ciento cincuenta pares de demonios!

MÓN. (Abre.) ¡Grumio!

GRU. (Remedándola.) ¡Grumio! ¿Pues sabéis que está la noche para esperar no estando enamorado, ni persiguiendo bolsas?

MÓN. ¡Frío debe de hacer!

GRU. ¡A quién se lo contáis! ¡Tengo los dedos que parecen carámbanos helados, los piés no sé de quién son, las narices están si caen ó no caen!

MÓN. ¡Pobre Grumio!

GRU. ¿Pero dónde diablos andabáis metida?

MÓN. En la cama.

GRU. ¿En la cama decís, y está nuestro amo á punto de llegar?

MÓN. ¡Alabado sea Dios! ¿El señor Petruchio viene?

GRU. Antes de dos Credos y dos Salves le tenéis aquí.

MÓN. ¿Solo?

GRU. No, señora; con acompañamiento.

MÓN. ¡Cómo!... ¿Viene la señora?

GRU. ¡Claro está! ¿Se la iba á dejar en Padua?

MÓN. Pero, ¿cómo vienen?

GRU. El á horcajadas sobre una sardina arenque, y ella á grupas sobre las raspas de la propia sardina.

MÓN. Y, ¿cómo no han avisado?

GRU. ¿Avisar? ¿Es que mi amo no puede venir á su casa sino cuando sus criados lo consientan? Encended, encended lumbre cuanto antes, echad buen brazado de leña á ver si vuelvo á la vida, porque ahora me parece que estoy tan frío como mi abuela que esté en gloria.

MÓN. Pronto habrá buena lumbre. (Echa leña y sopla el fuego.)

GRU. Y llamad á los criados todos, que se levanten, que preparen la cena, y que sea espléndida.

MÓN. Todo se hará por sus pasos contados.

GRU. O por puntapiés contados. Con el genio que ha echado el amo ahora, si viene y encuentra la lumbre á medio apagar y la servidumbre acostada, es capaz de irlos colgando uno á uno como si fueran morcillas.

MÓN. ¿Ha echado mal genio dices?

GRU. ¡Atroz!... ¡Huy! ¡Cómo estoy de barro!

MÓN. Cuéntame, Grumio, cuéntame. Conque... ¡se ha casado!

GRU. Casi, casi...

MÓN. ¿Cómo casi, casi? ¿No están casados del todo? ¿Qué les falta?

GRU. Eso... allá ellos.

MÓN. ¿Y el banquete?

GRUM. ¿Banquete? Si no banquetearon más Adan y Eva el día de sus bodas, mal andarían sus tripas.

MÓN. En fin, cuéntame...

GRUM. Pues señor... Déjeme ponerme cerquita del fuego para que me vaya animando y secándome al paso. (Así lo hace. Se rasca el barro de las botas con las tenazas.) Voy á sacar de mis botas barro bastante para hacerme terra-teniente...—Pues señor... apenas echó el cura los kyries y las letanías que manda la Santa madre iglesia, nos pusimos en camino.

MÓN. ¿Pero sin comer, ni beber, ni bailar?

GRUM. Sin comerlo ni beberlo, y mucho menos sin bailarlo. El amo se echaría la cuenta de que los caballos apenas podrían con nuestros cuerpos vacíos, y no les quiso echar más peso.

MÓN. ¡Entonces... tendrás buena gazuza!

GRUM. ¿Quién, yo? ¡Quiá! El hombre que no es prevenido no sirve para escudero; yo llevaba en los bolsillos unas lonchas y unos zoquetes, y mientras mi fantasma huesudo trotaba, yo engullía mi merienda sin que me vieran, porque como iba tras de ellos...

MÓN. Bien hecho, sigue, sigue...

GRUM. Pues señor, apenas salimos á campo raso, comenzó á llover.

MÓN. ¿A llover estando raso?

GRUM. ¿Pero no me entendéis? El raso era el campo, y no el cielo...

MÓN. ¡Ya, vamos, ya! Comenzó á llover; sigue.

GRUM. Una lluvia finita, finita, y mezcladita con copos de nieve que calaba la ropa y llegaba á los huesos.

MÓN. ¿Y el ama?

GRUM. El ama agarrada á la cintura de su esposo para no caerse, gritaba: «¡Yo no quiero seguir así! ¡Quiero volverme á Padua! ¡Padre mío! ¡Padre mío!»

MÓN. ¿Y el amo?

GRUM. Andad quedo, doña Mónica, que todo os lo he de contar, pero no me atragantéis á preguntas.—El amo arreaba latigazos sobre el flaco rocín y juraba, «¡voto á tal! ¡voto á cual!» porque se ha hecho votador y jurador como un forzado. En esto que llegamos á un barrizal, se escurre el caballo, y pataplúm...

MÓN. ¡Se cae!

GRUM. Pero si lo sabéis todo, ¿para qué queréis que yo os lo cuente?

MÓN. No, no; es que me presumía que se iban á caer.

GRUM. Pues cayeron, el ama en el fango, el caballo encima y el amo sobre todos. — ¡Dios mío. qué rato hemos pasado!—Allí se confundían los llantos del ama, los juramentos del amo y mis gritos de socorro, no oídos por nadie. La obscuridad era grande, la lluvia seguía cayendo, y aquella situación no podía ser más triste. Al fin pudimos levantar al ama, pero en tanto, los caballos que se vieron libres, echaron á correr por el campo como huyendo de sus mayores enemigos, que sin duda lo éramos nosotros. El resto del viaje se ha hecho, pues, unos ratos á patita y otros andando, y yo me adelanté para preveniros.

MÓN. ¿Y dices que ella es guapa?

GRUM. Ella es hermosa como una pierna de carnero asada para un hambriento...—Pero doña Mónica, que estamos perdiendo el tiempo, los criados no se levantan, los amos están al llegar y aquí no veo preparativo alguno. ¡Llamad, llamad á esa gente!

MÓN. (Gritando á la puerta.) ¡Daniel! ¡Felipe! ¡Nicolás! ¡Gregorio! ¡Arriba todo el mundo!

GRUM. ¡Ah, ya se me olvidaba! Me dijo el amo que toda la servidumbre saliera con linternas

á recibirle á la puerta del jardín. «Si no vienen á alumbrarme, dijo, yo les alumbraré á ellos.»

MÓN. ¿Y por qué no me lo habéis dicho antes? (Vuelve á llamar.) ¡Daniel! ¡Felipe! ¡Gregorio! ¡Nicolás! ¡Vamos, de prisa!

VOCES (Dentro.) ¡Ya va!—¡Ya va!—¡Voy!

GRUM. ¿Tenéis la cama preparada?

MÓN. ¡Ya lo creo! Con un dosel de brocado enteramente nuevo. Las sábanas parecen, por lo suaves, gasas de Oriente, las almohadas son de finísima pluma, y todo perfumado, que entrar en la alcoba nupcial es como pasar del crudo invierno á la aromatizada primavera.

GRUM. Falta hace todo eso, y aun puede que lo encuentre escaso el amo. — ¿Y la comida? ¿Está también dispuesta?

MÓN. Ya sabéis que en esta casa siempre tenemos dispuestos los manjares como si á todas horas esperáramos al señor. No hay, pues, sino arrimar los platos al amor de la lumbre, y en pocos momentos todo está servido.

ESCENA II

DICHOS, DANIEL, FELIPE, NICOLÁS, GREGORIO

Los criados entran acabándose de arreglar las ropas, otro desperezándose, otros restregándose los ojos. DANIEL, con mandil blanco de cocinero

DAN. ¿Pero qué pasa?

NIC. ¡Calla! ¡Si es Grumio!

GREG. Grumio, ¿tú por aquí?

GRUM. ¿Y qué extraño es que esté yo por aquí? ¿No es esta la casa de mi amo?

DAN. ¡Pero como no está el amo!

GRUM. ¡Cómo! ¡Qué dices! El amo no falta nunca. Es como Dios que está en todas partes. Además va á llegar de un momento á otro.

TODOS ¿Que va á llegar?

GRUM. Ni tampoco le faltan cuatro dedos para que

llame á la puerta. ¿Y váis á recibirle así en vez de poneros las ropas de mayor gala?

GREG. ¡Pero si no sabíamos!...

(Uno de los criados enciende los candelabros.)

GRUM. Y tú Daniel, corre á la cocina, prepara la cena, porque traen detenida un hambre...

DAN. ¿Y viene también el ama?

GRUM. ¡Claro!

NIC. ¡Es guapa! ¿no es verdad?

GRUM. No tiene comparación, ni con las perlas.

MÓN. ¡Y dice que ha echado un geniecito!...

DAN. ¿El ama?

GRUM. ¡Quiá! ¡El ama ya le tenía! ¡El amo, el amo!

DAN. ¡Conque mal genio!

NIC. ¡Pobres de nosotros!

GREG. Yo por mí no lo siento, por las costillas sí.

GBUM. Son tal para cual. Ella es una fiera. Cuando llegamos por primera vez á su casa, estaba tirando al suelo cuanto hallaba á mano. ¡Deben ganar una atrocidad los alfareros de Padua!

DAN. ¿Y él dices que ahora es lo mismo?

GRUM. ¿Él? ¡Le da quince y raya! Ya no llama á los criados por su nombre, sino por apodos. ¡Pillo! ¡Belitre! ¡Truhán! ¡Renegado! Llama á los rayos y á las estrellas, como si fueran sus familiares. ¡Mil rayos! ¡cien truenos! ¡doscientas centellas! No hay administrador que le lleve la cuenta de las exhalaciones que pide.

NIC. ¡Vamos, que se le ha pegado la cólera del ama!

ESCENA III

DICHOS, PETRUCHIO, CATALINA

PET. (Dentro dando un aldabonazo.) ¡Canallas! ¡Abrid pronto!

TODOS ¡Dios nos socorra!

DAN. Yo me refugio en la cocina. (Vase corriendo.)

PET. Abrid ¡voto á bríos!

NIC. ¡Abre tú!

GREG. ¡No, tú!

MÓN. ¡No! ¡Vé tú, Grumio, que estarás más hecho á esas nuevas mañas!

GRU. ¡Yo voy!

PET. Abrid, por vida de... (Abre Grumio. Entra Petruchio con los ojos saltones, mirando á todas partes y amenazando con el látigo. Catalina le sigue dando muestras de gran cansancio y abatimiento, todos se retiran á la izquierda, arrimándose al muro y á los muebles para resguardarse, quedando inmóviles y con las cabezas bajas.) ¡Picadillo he de hacer de todos vosotros! ¡Belitres! ¡Perros! (Trasición muy notable, como siempre que se dirige á Catalina.) ¡Entra! ¡Catalina mía, amor mío! ¡Entra sin temor alguno!—¿Es esta la manera que tenéis de esperar á vuestros amos? ¡Ni uno sólo á recibir á vuestra señora, á la dulce compañera de vuestro señor! ¿Dónde está Mónica? ¿Dónde está esa vieja dormilona?

MÓN. (Adelantándose sumisa.) ¡Señor... esperando vuestras órdenes!

PET. ¡Quítate de mi vista! (Mónica se refugia en un rincón.) ¿Dónde están esos truhanes? ¿Dónde están Nicolás, Gregorio, Felipe?...

LOS TRES (Tímidamente.) ¡Señor!

PET. ¡Ah, perros! Os voy á dar una somanta de azotes para que tembléis por algo. Mucho miedo y poca vergüenza es lo que tenéis vosotros.—¡Estoy abochornado! ¡Catina de mi vida, abochornado! ¡Yo que te había preparado un recibimiento como para un emperador romano!...—¿Dónde está ese animal de Grumio?

GRU. (Saliendo de un rincón.) ¡Señor! ¡El animal está aquí!...

PET. ¡Voy á hacer que te corten el pelo con guadaña!

GRU. ¡Señor!...

PET. ¿No te envié con orden de que esos ganapanes salieran á recibirnos con blandones?

GRU. (¡Como así sólo se recibe á los difuntos!)

PET. ¿Y aun gruñes? ¿No te dije que al llegar nosotros tocaran chirimías y atabales?...

GRU. Señor, las chirimías están sin lengüeta.

PET. ¡Así os vais á quedar todos en esta casa, sin lengüeta! ¿Y por qué no salisteis á la puerta del jardín á vitorearnos? A gritar: ¡Viva nuestro amo! ¡Viva nuestra hermosa señora! ¡Dios los bendiga!

GRU. Eso aun tiene enmienda. (Haciendo señas á los demás para que vitoreen, lo cual hacen con voces tímidas y destempladas) ¡Viva nuestro señor!

LOS TRES ¡Viva nuestro señor!

GRU. ¡Viva nuestra hermosa señora!

LOS TRES ¡Viva nuestra señora!,..

PET. Basta, canallas, basta, que parece que os sacan la voz del cuerpo con un zaque.

GRU. Señor, se habrán acatarrado algo, ¡como han estado esperandoos al aire libre y la noche no es muy plácida que digamos!

PET. Basta de observaciones. (A Catalina.) ¿Quieres algo, amor mío? ¡Pide, pide cuanto quieras! Aquí, tú mandas, tú reinas, tú imperas, lo mismo que en mi corazón.—¡Doña Mónica! Acudid al ama, servidla, despojadla de lo que le estorbe...

MÓN. (Acercándose.) Señora... Quereis...

CAT. (Irascible.) ¡Que me dejéis en paz es lo que quiero!

GRU. (¡Es como una miel!)

PET. ¡No te incomodes, lucero mío, no te incomodes; siéntate, descansa, ya hemos llegado por fin! ¡Debes de estar rendida, pobrecita mía! ¡Qué caballos, qué camino, que lluvia, qué barro! Pero ya hemos llegado, ya podemos descansar. ¡Bien venida seas, mujercita mía! (Va á hacerla una caricia y le rechaza. El se vuelve rápidamente á Grumio.) ¡Grumio! ¡Ven aquí, ganapan! ¡Quítame el calzado! (Se sienta en un sillón. Grumio se arrodilla delante para descalzarle.)

CAT. (Dejándose caer en una silla.) ¡Ayyy!...

PET. ¡Pobrecita mía! ¡Rendida, rendidita! ¡Claro, una legua á pie, barro hasta la rodilla! Pero ya estamos en casa. Catina mía, en el castillo de mis antepasados, que desde ahora son antepasados tuyos. ¡Qué recuerdos tiene para

mí este castillo! ¡Aquí pasé mi niñez, aquí me crié, aquí cantaba y retozaba yo cuando niño! Qué tiempos aquellos...

(Canturrea entre dientes una copla con monotonía insufrible, sin música determinada. El canturreo se repite cuando le parece, Catalina demuestra con movimientos la repulsión que le produce el canto.)

Buscando... buscando...
hallé en la ribera...
una hermosa niña...
con cara de cera...

¡Grumio! ¡Qué haces ahí, estúpido! ¿Es que no acabas de quitarme la bota, ó te has dormido?

GRU. ¡Señor, es que la hebilla!...

PET. ¿Pero es que quieres sacarme la bota con pie y todo? (Grumio da un tirón y cae rodando con la bota en la mano al esfuerzo que ha hecho.)

GRU. (Levantándose.) Señor, es que...

PET. (Indignado y en pie.) ¡Cómo, miserable, puerco! ¿Te atreves á replicarme? ¿A replicar á tu amo? ¿Al que te paga? ¡Mira no coja esa bota y te la haga tragar sin mascarla!..

CAT. (No pudiendo contenerse.) ¡Tened compasión! ¡Estará rendido por la fatiga!

PET. ¿Rendido? ¿Rendido de qué? ¿De andar? ¿No anduve yo tanto como él? ¿Y yo estoy rendido? No, hija mía, no. Tú eres demasiado buena, demasiado sensible, demasiado complaciente con tus criados. ¡Yo lo he visto ya en tu casa! Tienes con ellos demasiadas contemplaciones... pero esas dulzuras no las consiento yo aquí. (Vuelve á sentarse y Grumio se arrodilla de nuevo.) ¡Descalza este otro pie!— Es decir, cuando digo mi casa, quiero decir la nuestra, porque este castillo es ya tan tuyo como mío. Catina de mi corazón... (Canta.)

una hermosa niña...
con cara de cera...

Supongo que te gustará todo esto, Catala mía. Ya lo verás todo cuando amanezca; el

campo es hermoso, el horizonte risueño, el aire es puro y sano, el ambiente perfumado por las flores. (A Grumio, encolerizado.) ¿Pero acabas ó no? ¡Así se hace! (Se acaba él mismo de quitar la bota. Grumio se levanta y retrocede temeroso. Petruchio le tira la bota, muy iracundo.) ¡Toma, canalla! ¡Para que aprendas á descalzarme! ¡Mis zapatillas! ¡Corriendo, mis zapatillas! ¡Vamos, que se me enfrían los pies! ¡Y agua en una zafa!

GRU. ¿Agua para los pies?

PET. ¡Agua para las manos, zapatillas para los pies, animal!

GRU. (A Mónica, que sale corriendo.) ¡Las zapatillas! (A Nicolás.) ¡Agua en la zafa! (Sale Gregorio y vuelve.)

PET. ¡La cena, que sirvan la cena! (Los criados colocan en la mesa mantel, vasos, platos, jarros, un candelabro, etc. Catalina bosteza.) ¡Claro, la debilidad! Lo comprendo, vida mía, lo comprendo.— ¡Pero no parecen mis zapatillas! ¡Qué casa, qué desorden!

MÓN. (Volviendo corriendo con las zapatillas.) ¡Aquí están, señor!

PET. (Se las quita con ira de la mano y se las calza él mismo.) ¡Venga, no servís para nada! ¡Os estáis embobando todos! (Mónica ayuda á preparar la mesa para cenar.) ¡Tu criada, Catina, es un poco vieja y torpe, pero... yo te buscaré otra joven, agil, hermosa... esta no es más que interina! (Canta indiferente, aparentando calma.)

una hermosa niña...
con cara de cera...

(Nicolás trae zafa y agua y al presentarla á Catalina le llama Petruchio y se lava.) ¡Eh! antes soy yo que nadie. ¿Dónde está Atila?—Ya veras, Catina mía, ya verás qué perro tan hermoso. ¡Oh, te va á gustar mucho!—¿Dónde está Atila? ¡Vale más que todos estos animales juntos! ¡Que venga Atila!

MÓN. ¡Señor! ¡Está atado á la cadena y durmiendo!

PET. ¡Ah! ¡Dejadle, dejadle, que duerma! ¡También los perros son prójimos nuestros! Hay

que ser compasivo con todo el mundo. (A Nicolás.) ¡Ahora á tu señora! ¡Lávate, Catina mía!—¡Esa cena, viene hoy esa cena! (Al presentar Nicolás á Catalina la zafa, tropieza, cae y rueda la jofaina, manchando el vestido de aquella.)

CAT. (Indignada.) ¡Imbécil! ¡Estúpido! ¡Torpe! ¡Animal!

NIC. ¡Perdonad, señora! Yo...

PET. ¡Dale media docena de puntapiés! ¡Cuando van á aprender estos truhanes á servir á sus amos!

CAT. (Colérica.) La culpa, en parte, la teneis vos.

PET. ¿Yo? ¡Yo la culpa! ¿Por qué?

CAT. ¡Los tenéis asustados á todos!

PET. ¿Yo? ¿Asustados á todos yo? ¿Te he asustado yo á tí?

NIC. (Tristemente.) ¡Sí... se...ñor!...

PET. ¡Ah! ¿Conque yo soy un verdugo? ¿Conque asusto á la gente? ¡Pues toma, para que se te vaya quitando el susto! (Le da un puntapié.) ¿Y á tí también te asusto? (A Gregorio.) Dí, también te asusto?

GREG. ¡Quiá, no, señor! ¡A mí no!

PET. ¿Que no?

GREG. ¡Yo no me asusto por tan poco!

PET. ¿Conque tú no te asustas? ¿Tú no tienes respeto ni temor á tu amo? ¡Pues ahora mismo á la calle! ¡Fuera de aquí! No te quiero en mi casa.

GREG. (Humildemente.) Señor...

PET. ¡Fuera he dicho! (Vase Gregorio.) ¡Ah! Si pudiera uno pasar sin criados, viviría por lo menos tranquilo. ¡Bien dicen que los criados son los mayores enemigos que tenemos! —Esa cena, ¿viene ó no viene? (Los criados sirven la mesa.) ¡Vamos, amor mío, encanto de mi vida!

una hermosa niña...
con cara de cera...

(Se sientan á la mesa. Petruchio, frente al público. Catalina á su izquierda.) Bendita sea la hora, Catalina de mi corazón, en que por vez primera vamos á compartir la mesa y el pan,

á beber en un mismo vaso para que se unan y fundan nuestras almas. (Catalina va á servirse la comida con voracidad, y Petruchio la detiene.) ¡No, amor mío, no! ¡Espera, espera un poco!

CAT. ¿Por qué? ¡Tengo hambre!

PET. Falta el *Benedicite.* Yo nunca acostumbro á comer sin decirlo. Todos los días viene el cura de la próxima iglesia á decirle.—Mónica, ¿cómo no ha venido el padre Fulgencio? ¿Dónde está?

MÓN. ¡Señor, se habrá ido á acostar! ¡Como ya no os esperábamos hoy! (Catalina vuelve á hacer intención de servirse, y Petruchio la detiene de nuevo. Catalina da frecuentes muestras de impaciencia.)

PET. ¡Espera, Catina mía, espera! Yo diré el *Benedicite.* (Recita entre dientes una oración, y al final bendice la mesa y se santigua. Los criados también.) ¡Amén! ¡Ea, á comer! (Se sirve Catalina. Apenas ha puesto la carne en su plato, la toma Petruchio y le examina, montando en cólera.) ¡Qué es esto! ¡Qué comida es esta!

CAT. Tiene trazas de estar bueno.

PET. ¿Bueno? ¿Esto bueno? ¡Daniel! ¿Dónde está ese perro de cocinero? ¡Daniel!

DAN. (Apareciendo temeroso y quedándose á dos pasos de la puerta.) ¡Señor!

PET. ¿Qué es esto?

DAN. Carnero asado.

PET. ¿Asado? ¿A esto se llama asado? ¡Retestinado, quemado, carbonizado digo yo que está!

DAN. ¡Señor! ¡Yo he sido cocinero de un canónigo, y nadie me va á la mano en asar carne!

PET. ¿Y el canónigo reputaba como asado la madera de roble? ¿Es comestible una carne con la cual se puede descalabrar á una persona?

DAN. ¡Tanto como descalabrar!

PET. ¡Descalabrar, sí tal, descalabrar! ¿Lo ves? (Le tira la carne á la cabeza y luego el plato, después la fuente en que se ha servido. Mónica pone nuevo plato á Catalina.) ¿Lo ves. . lo ves? ¡Ahí lo tienes! Cocinero de canónigo, envenenador de gente noble.

CAT. ¡A mí me parecía que estaba buena!

PET. ¡No tal; no lo estaba! Eso era indigno de tí, que mereces que los ángeles del cielo te sirvan comida de dioses.—¡Ah! Yo haré andar derechos á estos ganapanes, pillos, más que pillos.—Toma de eso, Catala mía... es decir, si eso puede tomarse...

CAT. ¡Huele bien! ¡Tiene exquisito aroma!

PET. A mí no me huele bien. (Toma la fuente de la comida, la huele, la examina, la revuelve con el tenedor.) ¿Qué es esto?

DAN. Menestra á estilo de Módena.

PET. ¿Menestra? (Vuelve á oler.) ¿Qué has echado aquí?

DAN. (Con vanidad.) Jamón excelente, alcachofas tiernas, habas, guisantes finos, zanahoria...

PET. ¡Aquí no se ve nada de eso! ¡Esto es una bazofia asquerosa, impropia de nosotros!

DAN. ¡Señor, está guisada con todo esmero!

CAT. A mí me huele muy bien.

PET. ¡Que no! ¡Digo que no! ¡Todo el mundo quiere contrariarme! ¿Quieren que se me suba la sangre á la cabeza? ¡Al diablo la bazofia! (Tira el plato.) ¡Al diablo todo! (Tira del mantel y cae rodando todo, Daniel sale huyendo, Mónica y los demás criados recogen las cosas del suelo.)

CAT. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué hombre!

MON. ¡Pero este señor, se ha vuelto loco!

PET. ¡Bribones, renegados, tunantes! ¿Qué manera de recibir á vuestros amos? ¡Mal servicio, mala comida, contestaciones altaneras!... Y para postre, tenemos que acostarnos con la tripa vacía, despues de no haber probado bocado en todo el día. ¡Como la comida de mañana no esté bien cuidada, vuestros higadillos en salsa me comeré yo!

CAT. Pues á mí me parecía la comida bien.

PET. A tí, sí, porque eres afable y buena y tienes interés en ganarte la voluntad de ellos; pero yo no, yo me pongo en lo justo y sé que todo era una porquería.—Además, los médicos me han ordenado que no coma la carne muy cruda, porque eso excita el hígado, irrita el vientre, desarrolla la bilis.

CAT. ¿Pero he de acostarme sin cenar?

PET. ¡Ya lo ves! Esa es la obra de esos condenados. ¿Lo veis? ¿No os da vergüenza de que vuestra señora se tenga que acostar sin cenar?...

CAT. Pero yo tengo hambre...

PET. Lo creo, hija mía, lo creo, pero hay que esperar á mañana.

CAT. ¿A mañana? ¡Yo quiero comer ahora!

PET. No puede ser, mañana, hija, mañana.

CAT. ¡Siquiera un pedazo de pan!

PET. El pan cría lombrices. ¡Comer pan solo!

CAT. ¿Y me he de acostar así?

PET. ¡Qué remedio! ¿No dicen que el sueño alimenta? Pues á alimentarse durmiendo. ¡En cuanto te duermas, no sentirás el hambre! ¡Ya ves! Yo también ayuno lo mismo que tú.

CAT. ¡Esto es una horrible tiranía!...

PET. ¡Mónica! ¿Está la alcoba dispuesta?

MÓN. Todo está preparado.

PET. ¿Hay luces?

MÓN. Ahora se pondrán. (Llamando.) ¡Nicolás, Gregorio, Felipe; luces para los señores! (Toman los criados los candelabros, colocándose escalonados para que pasen los amos. Luego entran con ellos, dejan las luces dentro y vuelven á escena, cerrando la puerta.)

PET. ¡Vaya, apóyate en mi brazo, y á acostarnos! Pido á Dios que nos dé un sueño reposado y tranquilo, como compensación á las molestias del día. (A Mónica, que se dispone á seguirlos.) No, no nos haces falta, Mónica; esta noche yo seré la doncella de mi esposa. ¡Acuéstate, acostaos todos! ¡Buenas noches!

TODOS ¡Buenas noches!

ESCENA IV

GRUMIO, MÓNICA, DANIEL, FELIPE, NICOLÁS y GREGORIO

GRUM. ¡Echemos un trago á su salud! (Coge un jarro del aparador y un vaso y beben todos mientras hablan.) Conque, ¿qué me decís del geniecito que ha echado el amo?

MÓN. Está insufrible.

DAN. Yo no puedo aguantarle. Si mañana hace con la comida lo que ha hecho hoy, me marcho.

NIC. Y si á mí me da otro puntapié como el de antes, tampoco duermo en casa.

GREG. ¡Parece mentira lo que ha cambiado!

DAN. Y eso, ¿por qué habrá sido?

GRUM. En mi concepto, todo esto es pasajero. Yo creo que él finge todo cuanto hace, á fin de que ella, que tiene un genio de dos mil demonios, crea que el genio de él es mucho peor.

DAN. ¡Ya lo creo que lo es!

GRUM. En cuanto ella se haya amansado, él recobrará su buen humor y su carácter bondadoso de siempre.

MÓN. Bueno, pero mientras tanto...

GRUM. Hay que tener paciencia.

DAN. Y buenas costillas...

ESCENA V

DICHOS, PETRUCHIO; después CATALINA

PET. (Dentro y gritando.) ¡Digo que no, que no, que esto ya no se puede aguantar; infames, canallas!... ¡Doña Mónica!...

GRUM. ¡Ya vuelve el nublado!

DAN. ¡Otra vez se armó la danza!

PET. (Dentro.) ¡Doña Mónica!...

MÓN. ¡Ay, me llama; pero yo no subo!...

PET. (Apareciendo en la puerta.) ¡Doña Mónica!

MÓN. (Asustada.) ¡Señor!

PET. ¿No oís que os llamo?

MÓN. Estaba distraída.

PET. ¿A esto que habéis preparado, se le llama cama?

MÓN. Señor, es lo mejor que hay en la casa.

PET. Esto es una pocilga, un dormitorio de cuartel.

MÓN. Parece imposible que digais...

PET. No hay mesón de carretera que no tenga

camas mucho mejores. (Entra en la alcoba y va sacando y tirando con violencia las prendas que dice.) ¿Esto es una almohada, ó un saco de arena?

MÓN. ¡Es imposible darle gusto!

GRUM. ¡Ya os lo dije!

PET. ¿Es esto sábana, ó paño asqueroso de cocina? ¿Es esto colchón, ó potro de tormento?... (Los criados recogen las prendas arrojadas y huyen con ellas.)

GRUM. (A Mónica.) Pues estos no son más que los truenos. Ahora bajará, y veréis qué tempestad descarga.

MÓN. ¡No me cogerá á mí aquí!

GRUM. ¡Ni á mí! (Vanse los dos.)

ESCENA VI

PETRUCHIO y CATALINA

PET. (Bajando á escena, conduciendo de la mano á Catalina.) No, Catalina; no, amor mío, no los disculpes, porque son unos truhanes. ¡A todos los voy á poner en adobo!

CAT. (Rendida y asustada.) ¡Dios mío, Dios mío, qué salvaje me habéis dado por esposo, Dios mío!

PET. ¿Dónde se ha visto cosa igual? En la casa más rica y más bien abastecida de la población hacer una cama, que no la tiene peor un belitre de galeras.

CAT. ¡No parecía tan mala!

PET. Infernal, amor mío, infernal. ¿Y para tí, á quien quiero con todo mi espíritu y toda mi voluntad? ¿Para tí, á quien quisiera yo ofrecer un lecho de plumas de ruiseñor, aromatizado con los más exquisitos perfumes de la Arabia? ¡Ah, me la han de pagar esos bribones, ó dejo el nombre que tengo y la sangre que llevo en las venas! Ven aquí, dueña de mi vida, reina de mis amores, encanto de mi voluntad. Reposa en este sillón, junto al fuego, mientras traigo á esos

ganapanes y les obligo á que nos hagan una cama digna de nuestros cuerpos. ¡Siéntate! (La acompaña á un sillón que coloca junto á la chimenea.)

CAT. ¡No puedo más!

PET. El día menos pensado los cuelgo de las almenas, como racimos de uva en despensa.

CAT. Señor, tened compasión de ellos. ¡Yo no me quejo!

PET. ¿No? ¿Estás bien... Catina mía?

CAT. ¡Muy bien!

PET. Tendrás frío, voy á abrigarte con mi capa. (Lo hace.) ¡Ajajá! ¿Y ahora?

CAT. ¡Bien, muy bien! (Se arrebuja y se va quedando dormida.)

PET. ¿Y contenta?

CAT. Sí, contenta.

PET. Y al lado de tu Petruchio, que se considera el más feliz de los hombres con ser tu esposo.

Buscando... buscando...
hallé en la ribera...
una hermosa niña...
con cara de cera...

Pero no hay bien ni mal que cien años dure. Ya nos instalaremos, ya lo pondremos todo en orden; ya reemplazaremos por otros criados los que no hagan las cosas á nuestro gusto. Aquí hemos de ser felices, á pesar de todos los pesares... (Se aproxima cautelosamente á Catalina, y al observar que duerme anda de puntillas y habla en voz baja lo que queda del parlamento.) ¡Al fin cayó rendida, no podía ser menos! ¡Pobrecita mía!—¡Pero es fuerte, es resistente!...—Yo estoy tronchado. Si esto dura un poco más, no hubiera podido seguir la farsa... ¡Pobrecita mía, con qué gusto ha cogido el sueño! ¡Ni una carreta la despierta ya! ¡Y es hermosa! ¡Ah, una vez amansada, me hará feliz; pero, hasta tanto, hay que ser tenaz con ella. Si levanta la voz, yo escandalizo; si se exalta, yo rugiré como un huracán; si tira un plato al suelo,

yo seré el exterminador de todo lo que me rodee... Y para amansar estos caracteres, no hay nada como el sueño, la fatiga y el hambre... Pero como yo no necesito someterme á ese sistema, porque ya estoy amansado, voy á dar al cuerpo algo de lo que pide... (Apaga todas las luces, menos una que coloca en la mesa. Busca en el aparador y lleva á la mesa algunas viandas y se sienta á comer.) Vino... un trozo de pernil crudo... queso. Hagamos por la vida. (Arrullando á Catalina.)

«Duérmete niña, duerme,
que viene el coco...»

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

GRUMIO y CATALINA

Grumio está sentado, roncando en un sillón, y apoyado en la mesa. Pausa. Aparece Catalina por la puerta del foro, la que abre y cierra sigilosamente. Baja lentamente por la escalera, y se acerca despacio y de puntillas á Grumio, al que despierta primero con cuidado, y finalmente con una sacudida nerviosa

CAT. (En voz baja.) ¡Grumio!... ¡Grumio!... ¡Grumio!... Está como un poste... ¡Grumio!

GRU. ¡Ay! ¡Voto á sanes! ¡Qué sacudidas! ¿Creéis que soy algún ciruelo, y me sacudís para que suelte el fruto?

CAT. ¿Y tu amo?

GRU. Salió al jardín á hacer saltar á Atila y á entretenerse con él.

CAT. (Con dulzura.) ¡Grumio! ¡Ten compasión de mí!

GRU. Eso, poco trabajo me cuesta. Haceos cuenta de que os compadezco mucho y de prisa.

CAT. ¿Quieres hacerme un favor?

GRU. No siendo comida, ó cosa que lo parezca pedid aunque sea la sangre de mis venas.

CAT. ¡Grumio! Estoy muerta de hambre.

GRU. ¿Muerta? ¿Y qué queréis? ¿Que os rece algún rosario?

CAT. No; quiero que me des de comer algo... ¡sea lo que sea!...

GRU. (¡Pobrecilla! ¿Cuándo la levantarán el ayuno?)

CAT. Es atroz lo que tu amo hace. Casarse conmigo para matarme de hambre.

GRU. No es posible que mi amo tarde mucho en suprimiros la penitencia.

CAT. Bien, Grumio, pero yo no puedo resistir más. Quiero comer cualquier cosa, lo que encuentres á mano, y sin que nadie se entere.

GRU. ¡Vaya! No quiero que creáis que no merezco el regalo que me habréis hacer, en celebración de la boda.

CAT. ¡Un traje nuevo te he de regalar!

GRU. Pues ya me habéis conquistado, porque yo por la buena, soy mejor que el pan candeal.

CAT. ¡Date prisa, Grumio!

GRU. Daré una vuelta por la cocina, y haré oficio de perro que vive del descuido.

CAT. No te detengas... (Grumio va á salir y vuelve desde la puerta.)

GRU. ¿Queréis que os traiga, si topo con ella, unas cuantas rodajas de una longaniza especial que hacen en casa, y que está curada al humo?

CAT. Sí tal. ¡Es de mi agrado!

GRU. Pero están sin cocer.

CAT. ¡No importa!

GRU. Pero importa que no os haga daño, y luego paguen mis costillas vuestros retortijones. Mejor será que os traiga una loncha de magro, que si es del que ayer ví colgado como si estuviera en la horca, es muy superior.

CAT. ¡Bueno! ¡Venga! Ya se me hace agua la boca.

GRU. (Va á salir y vuelve.) Aunque he oído decir que toda carne de cerdo es indigesta, y por eso no la comen los moros.

CAT. ¡No te pares en eso, que nosotros somos cristianos!...

GRU. ¡No, no! Mejor será que traiga un trozo de vaca asada, de la que ayer sobró. La vaca asada, en fiambre, y acompañada de un vaso de vino, es cosa riquísima.

CAT. Tienes razón. La vaca asada es cosa en extremo sabrosa. Tráela.

GRU. Os advierto que está muy cargada de pimienta.

CAT. ¡Que lo esté!

GRU. ¡Y que la pimienta irrita!....

CAT. ¡No te dé cuidado!...

GRU. ¡Guarda, guarda! Mejor será un trocito de queso...

CAT. (Alzándose airada.) Pero, truhán, ¿te estás burlando de mí?

GRU. ¡Señora!...

CAT. ¡Ni una palabra más! ¡Soy tu señora!

GRU. ¡Es cierto!

CAT. ¡Mando en tí! ¡Tienes que obedecerme! Y te mando que me traigas comida, si no quieres que te rompa esta silla en las costillas. (Hace intención de coger una silla Petruchio, que entra al propio tiempo, ve la acción.)

ESCENA II

DICHOS y PETRUCHIO

PET. ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso? (¡Pobrecilla, aún tiene resabios de levantisca!)

GRU. Señor, es que...

CAT. No, no le creáis, Petruchio. Creí que no me guardaba las consideraciones debidas, y quería castigarle .. pero no, no, ¡le perdono!

PET. (Ya es una ventaja.)

GRU Pues, señor, la verdad por delante. (Catalina le hace señas para que no hable.) La señora me pedía que le buscara comida, fuera lo que fuese.

PET. ¿Y te resistías, ganapán? ¿No sabes que aquí no hay más voluntad que la de mi señora Catalina? ¿Que la debes ciega obediencia? Vé, vé á buscar la comida que te pide .. (Aparte á Grumio) ¡y como la encuentres, esta noche dormirás ya sin orejas!

GRU. ¡Ah! ¡No, dormiré con ellas, porque sin ellas no podría dormir! (Vase hacia la derecha.)

PET. Mira, Catala, mira ..

CAT. ¿Qué es?

PET. Una lechuga de las que cría la huerta de casa. Son en extremo sabrosas.

CAT. ¡Déjadmela ver! (La toma y comienza á comer, una por una, las hojas con voracidad.) ¡Sí que lo son!

PET. Tienen fama en este término por lo jugosas, lo tiernas, lo frescas...

CAT. Hay motivo para que las elogien.

PET. Pero, ¿te gusta así? ¿Sin aderezo alguno?

CAT. ¡Oh! ¡Refrescan mucho la sangre!

PET. ¡Pues yo haré que te traigan un brazado de ellas! Aquí sólo las comen los conejos y las cabras; eso sí, se hartan de lechuga.

CAT. ¡Dichosos animales!

ESCENA III

DICHOS, GRUMIO, y después el SASTRE acompañado de dos mozos que en canastos traen los trajes, sombreros, etc.

GRU. ¡Señor!

PET. ¿Qué hay?

GRU. Ahí traen los trajes que encargásteis para mi ama.

PET. ¡Ah! ¡Bueno! Oye. (Le da instrucciones á Grumio, que hace con la cabeza signos de conformidad.) ¡Dí que pasen!

GRU. ¡Pasad, pasad! (Entran.)

PET. Veamos esas prendas, y digan ellas si en efecto sois tan diestro como asegura la fama.

SAS. No hay princesa que use telas ni prendas más hermosas y bien hechas. El precio ya lo dice.

PET. Veamos.

SAS. ¡Mirad el sombrero! Recreaos, señor, en esa maravilla. El terciopelo es de lo más rico que se fabrica en París, el cintillo de brillantes es obra florentina, las plumas vinieron de la India.

PET. ¿Qué te parece, Catalina?

CAT. (Tomando el sombrero y mostrando regocijo.) Es prenda de mucho gusto. Así le llevan ahora las damas más principales.

PET. No opino como tú. ¡Esto es un adefesio!

SAS. ¿Qué decís, señor?

PET. ¡Creo que hablo claro! ¿Qué os ha servido de modelo para esto? ¿La escudilla de algún cabrero?

CAT. ¡No tal, es muy hermoso!

PET. Antes que consentir que eso se ponga sobre tu hermosa cabeza, sería capaz de tomarte de una mano y devolverte á tu hogar paterno.

SAS. Os juro, señor...

PET. ¡Y yo os juro á vos, señor zurce-calzas, que mi esposa no afeará jamás su belleza con esta escudilla!... (Tira con desdén el sombrero.)

CAT. ¡Petruchio!...

PET. ¡Silencio! ¡Nadie me contradiga!...

SAS. Repito, señor...

PET. No me repitais, que eso es cosa de morcilla. Veamos el vestido.

SAS. (Tomando del cesto lo que dice.) Ved el cuerpo.

PET. ¿Te gusta, Catalina?

CAT. ¡Sí, tal!

PET. ¡Yo paso el cuerpo! ¡Lo que no puedo pasar son las mangas!

SAS. Son según las encargasteis.

PET. ¿Yo las encargué así?

SAS. Al menos así lo dijo vuestro escudero.

PET. ¡Mi escudero mintió!

SAS. Os enseñaré la nota tomada.

CAT. Os aseguro, señor, que me agrada mucho.

PET. Déjame, Catala mía, déjame. Conozco la bondad de tu carácter y sé que con tal de no contrariarme, serías capaz de ir vestida contra tu gusto.

SAS. Ved la nota: ¡Un vestido de terciopelo estampado con cuerpo acuchillado, manga perdida!

PET. ¡Grumio! ¿Dijistes eso de la manga perdida?

SAS. (Repitiendo la lectura.) «Terciopelo estampado, cuerpo acuchillado, manga perdida.»

GRU. ¡No tal! Eso de la manga perdida no pude decirlo.

SAS. ¡Pues lo dijisteis!

GRU. ¿En qué cabeza cabe que yo pudiera decir que debieran perderse las mangas?

SAS. ¡Pues así consta en las notas!

GRU. En la nota constará, pero ni yo dije tal, ni vale papel que yo no haya firmado.

SAS. ¡Yo juro á Dios!...

PET. (Indignado.) ¿Qué es eso? ¿Juramentos aquí? Idos noramala vos y esos guiñapos, si no quereis salir peor...

SAS. ¿Y he de perder yo el dinero invertido?

PET. ¡Basta, voto á San! Y no me hagais montar en cólera. (A Grumio.) ¡Paga el importe y guarda los trajes!

GRU. No seais tozudo y tened entendido, señor pierde mangas, que... (Al oído.) ¡Todo se os paga! ¡Callad y salid!

SAS. ¡Esas razones!...

PET. ¡Basta!

SAS. ¡Quedad con Dios! (Salen. Grumio con ellos.)

ESCENA IV

PETRUCHIO, CATALINA, después GRUMIO

CAT. Ni me dais de comer, ni me dais de vestir. Me negais el reposo. ¿Es para esto para lo que os habeis casado, señor Petruchio?

PET. Paciencia, Catina mía, paciencia; comerás cuanto quieras, dormirás blanda, tendrás un vestido hermoso á gusto mío.

CAT. Sí, como el vuestro de boda...

PET. Después de todo, Catina, ¿qué adelantas con incomodarte? ¿Y por fruslería así? ¡Los trajes! Los trajes adornan á las personas pero no las hacen más buenas ni más honradas. ¿Has visto tú cómo pintan la Casta Susana? ¡Una sábana blanca... y se acabó!

CAT. (Con ira y llorando.) ¿Y quereis que yo vista lo mismo?

PET. (Reconviniéndola.) ¿Qué es eso, Catalina, qué es eso?

CAT. ¡Es que yo no puedo soportar esta vida!

PET. ¿Y quieres morirte? ¿Tan pronto?

CAT. Quiero que se me trate como es debido. Yo no soy una chiquilla á la que es preciso

contrariar constantemente. Soy mujer, soy esposa, quiero hacer y decir lo que me parezca bien, y si no os acomoda de esta manera...

PET. ¿Qué?

CAT. Me volveré á casa de mis padres.

PET. ¡Ah! ¿Quiéres volver á casa de tu padre? ¡Haberlo dicho desde el principio! ¡Grumio! ¡Grumio!...

GRU. ¡Señor!

PET. ¡Ensilla los caballos! ¡La señora quiere volver á casa de su padre! ¡Anda de prisa! (Sale Grumio.) ¿Y creías que yo me opondría á tu deseo? ¡No, Catina mía, no! Mucho y muy grande es el amor que te tengo; pero, ¿retenerte á mi lado contra tu voluntad? ¡No lo creas! ¡Y una mujer que nunca está contenta, á quien no he visto sonreir una sola vez!

CAT. ¡Es que!...

PET. ¡No, Catala mía, no! ¡Cúmplase tu voluntad! ¡Grumio!

GRU. (Entrando.) ¡Señor!

PET. ¿Están ensillados ya los caballos?

GRU. ¿Tan pronto?

PET. Pues bien, fiel Grumio, voy á encomendarte una comisión delicada. Vas á acompañar á tu ama á casa de su padre. Coges tu tizona... al fin y al cabo es mi mujer y quiero que la defiendas hasta perder la vida si preciso fuese...

GRU. Así lo hare. Lo juro por...

PET. No jures, que eso es feo, ¡basta tu palabra! Llegareis á Padua á media tarde. Las mujeres del pueblo estarán sentadas al sol haciendo calceta; los vagos y los ociosos, que tanto abundan en Padua, pasearán por las calles; habrá gente en los balcones, en las plazas, en todas partes. Al veros á tu ama entrar á galope y á tí detrás de ella, comenzarán las hablillas. «¡Ay, la señora Catalina, la devuel»ven á su casa!» «¡No ha podido resistirla su »marido más que un día!» «Ahora falta sa»ber si su padre la quiere recibir!» «Y si no

es así, ¿dónde irá á parar?» Entonces te apeas, acometes al más cercano, le cortas las orejas, ó la cabeza, ó un brazo y á tu regreso me lo traes en señal de victoria.

GRU. ¡No vendré sin piltrafas de alguien, señor!

PET. ¡Doña Catalina!... ¡Sois libre! Podeis seguir á Grumio. (Catalina llora con amargura.) ¡Cómo! ¡Llorais! (Vase Grumio.)

CAT. ¿Es que tampoco me permitís que llore?

PET. Pero ven acá, Catalina, ven acá y expliquémonos.

CAT. ¿Y qué quereis que yo explique, sino seríais capaz de entenderme? ¿Me amais acaso? ¿Me habeis amado nunca?

PET. (¡Qué hermosa está!) ¿Que no te amo? ¿Que no te he amado, Catina mía? ¿Pero no hago todo lo posible por complacerte?

CAT. ¡Y por enviarme á mi casa!

PET. ¡Eso tú misma lo has pedido!

CAT. ¿Y si me amarais, aprovecharíais el primer momento de mal humor para deshaceros de mí?

PET. Pero, vamos á cuentas, ¿qué quejas tienes de mi conducta?

CAT. ¿Las puedo decir con franqueza?

PET. ¡Con entera franqueza! La verdad es que nadie conoce sus defectos y bueno es que se los hagan notar...

CAT. Pues bien, decís que me amais y desde que os conozco sólo os veo amenazador, irascible, violento. A cada dos palabras vuestras ponéis un juramento; pedís las cosas con imperio; á cada instante levantais la mano, ó el látigo. Vivís en completa tempestad: gritos, imprecaciones, injurias, esto es lo único que conozco de mi esposo.

PET. Pero nada de eso va contigo, Catina de mi corazón, sino con esos bribones que me sublevan la sangre.

CAT. ¡Qué! Dejad á esos infelices en paz. No se trata de ellos ahora.

PET. ¡Cómo! ¿Los defiendes?

CAT. ¡No, no! ¿Yo qué he de defender?

PET. ¿Pues entonces?

CAT. Entonces... digo que comprendo que el hombre sea el que dirija y mande en su casa, pero para eso no es necesario tanto grito, tanta imprecación, tanta amenaza...

PET. Bueno, eso es condición de mi carácter. Yo soy así. Si pido una cosa quiero que me la den al vuelo, si doy una opinión que no me contradigan, si ordeno algo, que no se me resista... La menor contrariedad, me excita, me saca de quicio, la sangre se me enciende, los puños se me crispan y me entran ganas de tirarlo todo, de destrozarlo...

CAT. Pero si vos me amarais...

PET. ¡Oh! Como á las niñas de mis ojos, vida mía.

CAT. Pues si eso es cierto, ¿por qué, ya que yo lo deseo, no hacéis algún esfuerzo por modificaros, por hablar con dulzura, por tratar á las gentes con afabilidad?... ¡Así demostraríais que el sí que pronuncié ante el altar ha satisfecho vuestros deseos!...

PET. ¡A ver, á ver, Catala mía, á ver!... Si yo hiciera esfuerzos por modificar mi carácter, me querrías...

CAT. (Con dulzura.) ¿Quién lo duda?

PET. ¿Mucho?

CAT. Mucho. (¡La verdad es que me cautiva su arrogante figura! ¡Es todo un hombre!)

PET. ¡Entonces... voy á probar!

CAT. ¡Bueno, probad!

PET. Porque encuentro que tienes razón, Catalina, tienes razón.

CAT. Me alegro de que lo entendais así.

PET. ¡La ira es una de las más feas pasiones que pueden dominar á una persona!

CAT. ¡Es mucha verdad!

PET. Se vive en intranquilidad perpetua.

CAT. ¡Oh, qué vida!

PET. Hacemos sufrir á todas las personas que nos rodean.

CAT. ¡Oh, qué cierto es!

PET. Hasta á la persona que más amamos...

CAT. Justo! ¡A la cual debemos un trato cariñoso!

PET. ¡Sí, sí; es preciso que yo me corrija!

CAT. ¡Gracias á Dios!

PET. ¡Ya verás! Voy á ser un marido modelo.

CAT. ¡Así lo deseo!

PET. Solo que...

CAT. ¿Qué?

PET. Me temo que por mí solo no pueda corregirme. Necesitaré tu auxilio.

CAT. ¿Mi auxilio? ¡No comprendo! ¿Cómo os he de auxiliar?...

(Petruchio habla con dulzura, con persuasión, sujestionándola con la mirada; Catalina se deja atraer y sigue embelesada, y pendiente de los labios de Petruchio, cuanto éste dice, afirmando cariñosamente con la cabeza, é insensiblemente van pasando los brazos de cada uno por el cuerpo del otro, hasta que resultan estrechamente abrazados.)

PET. ¿Cómo?... No sé... en fin, ya hallarás tú medio de ayudarme! Mira, ya que nuestros esfuerzos unidos persiguen el mismo fin, cuando, á pesar de mi propósito y de mi deseo, tenga uno de esos ataques de cólera, de ira, no me contraries. Por el contrario, emplea tú la calma para que yo note el contraste, háblame con dulzura, con afabilidad, con cariño, y dí... «¡Bueno, bueno! ¡Desgañítate, grita, vocifera... tú te lo pierdes!» Yo tendré mi rato de mal humor, que cada día será menos frecuente y más breve, pero después el triunfo será tuyo, porque al fin y al cabo al más batallador guerrero le agrada que llegue el momento del reposo. Entonces será Amor el que triunfe, y si cuando llegue ese instante te encuentro cariñosa, amante, dócil, enamorada, como yo te he soñado y como te quiero, no tendrás necesidad de brindarme la felicidad en tus labios, porque yo mismo iré á beberla en ellos, fascinado por tu hermosura y atraido por tu cariño.

CAT. (Arrebatada y arrojándose al cuello de Petruchio.) ¡Sí, sí, Petruchio mío, así te quiero, y así ha de ser!

PET. Cuidado, cuidado amor mío, que me vas á ahogar.

ESCENA V

DICHOS, HORTENSIO, que se queda suspenso al ver el final de la escena.

HORT. ¡Jesús, María y José!

PET. ¡Oh, amigo Hortensio!

HORT. ¡Lo veo y no lo creo!

PET. ¿Qué es lo que no crees, amigo mío?

HORT. El milagro que presencio; ¿Catalina y tú abrazados?

PET. Pues no hay milagro en ello, Hortensio. Mi Catina de mi vida, tiene un corazón hermoso; es buena, es razonable, sin contar conque sus encantos superan á sus bondades. Yo la adoro, ella adora en mí y hemos de hacer una pareja enamorada, que ha de causar la admiración de cuantos nos conozcan. ¿No es verdad, Catalina?

CAT. ¡Sí, Petruchio, sí!

PET. (Va acercándose á la ventana de primer término de la derecha llevando de una mano á Catalina.) Júralo, Catala mía, júralo por esa hermosa luna que se eleva en el horizonte, como pura doncella que se alza de su casto lecho. (Catalina, se ríe.) ¿De qué te ríes?

CAT. De que dices que la hermosa luna se eleva...

PET. (Poniéndose serio.) ¿Y qué motivo de risa hay en eso?

CAT. ¡Que te equivocas! Ni es la luna, ni se levanta, sino el sol.

PET. (Incomodado.) ¿Eso? ¡Eso es la luna!

CAT. A mí me parece que es el sol. (Tímidamente.)

PET. (Montando en cólera.) ¡Voto á mil centellas! ¡Te parece... te parece! ¿Ya te has olvidado de tus promesas? ¿Siempre me has de contradecir? No, no es posible la paz y la armonía entre nosotros.

CAT. (Suplicante.) ¡Por Dios, Petruchio, no te pongas así conmigo!

PET. ¡Decir que eso es el sol!

CAT. No, Petruchio mío, no es el sol, es la hermosa luna, que como casta doncella se alza...

PET. Eso lo dices por darme la razón, como se los da á los locos ó á los ebrios...

CAT. No, amigo mío, no, lo digo porque lo veo, porque es así, como tú dices. Tuve un momento de alucinación, pero ya veo claro; ¡no me pongas ese ceño tan adusto!

PET. Ahora, ahora, es cuando estás alucinada, Catina mía, porque ese astro hermoso no es la luna, sino el sol, vivificador y fecundante que Dios envía para protejernos y alegrarnos.

CAT. Bien, bien, Petruchio mío, sea lo que tú quieras; sea el sol, sea la luna, ¿qué interés he de tener en que sea otra cosa que lo que á tí te parezca bien?

HORT. ¡Alabado sea Dios! ¡Qué transformación!

PET. ¡Eh! ¿Hortensio? ¿Qué tal? ¿He ganado la partida?

HORT. Indudablemente.

PET. Pero vamos á ver, ¿qué te trae por acá? ¿Qué noticias nos das de Padua?

HORT. ¡Vengo á despedirme de vosotros!

CAT. Pues ¿y eso?

PET. ¿Sin casarte con mi cuñada? ¿Ahora que íbamos á ser cuasi hermanos?

HORT. ¡Blanca... se ha casado!

CAT. Casada... ¿Cuándo?

HORT. Anoche.

PET. ¿Con quién?

HORT. ¡Con Flavio!

CAT. ¡Ya decía yo que se tenían inclinación el uno al otro!

PET. ¿Con el profesor de laud?

HORT. No hay tal profesión. Es el disfraz que adoptó para acercarse á Blanca, de quien estaba enamorado.

PET. ¡Cuánta novedad en tan poco tiempo!

CAT. Efectivamente

HORT. Cuando ayer mañana salísteis de allí sembrando el asombro en todo el mundo, comenzó á condolerse el pobre viejo, vuestro padre.—Tened hijas para esto, para que los

disgustos vengan encadenados,—exclamo. Comenzamos á consolarle todos, y yo quise aprovechar la ocasión para pedir la mano de Blanca; pero al consultar á ésta, dijo con una resolución y una energía inesperada: «Sí, quiero casarme, y hoy mismo, aprovechando los preparativos ya hechos para la boda de Catalina; pero no con el caballero Hortensio, que toma mujer como toma un vestido, que tanto le da una tela como otra, sino con el caballero Flavio, que es también noble y de familia renombrada, y adora en mí, y yo le entregué há tiempo mi corazón.» Y... ¿á qué añadir más? Se han casado, se han celebrado las bodas, y yo dando gracias á Dios, que sin duda en provecho mío ha dispuesto así las cosas, emprendo largo viaje y espero á otra ocasión, que juventud y resignación para esperar, no me faltan.

PET. Pero, ¿es posible que en tan breve espacio hayan ocurrido tantos sucesos?

HORT. ¿No has sido tú en cuatro días, recién llegado, novio y casado?

PET. ¡Es cierto!

CAT. ¡Mi hermana casada!

PET. ¡Claro! ¿No ves que tanto ella como tu padre sólo esperaban á que te casaras tú?

ESCENA VI

DICHOS y GRUMIO

GRU. ¡Señor, señor!

PET. ¿Qué ocurre?

GRU. Embajada tenemos.

PET. Explícate.

GRU. Ahí acaban de llegar en dos coches, vuestro suegro, (á quien Dios conserve luengos años,) vuestra cuñada (hermosa como una azucena,) varios caballeros, que no tienen comparación...

PET. ¡Son ellos!

CAT. ¡Ay, qué alegría!

HORT. Entonces, yo me retiro.

PET. No, Hortensio, eres mi amigo, eres mi huésped, estás á mi lado, y á menos que la presencia de mi familia te disguste...

HORT. ¡No tal! Disgustarme, ¿por qué? Blanca, ha hecho bien en preferir al que su corazón había elegido. Flavio no ha hecho mal, puesto que honrosamente ha ganado la mano de su esposa. El señor Bautista, ha cumplido su deber satisfaciendo los deseos de su hija. ¿Qué hay de malo en todo esto?

PET. Pues quédate, yo te lo ruego.

HORT. No hace falta tanto para que yo te satisfaga.

GRU. (Que había salido y regresa corriendo.) ¡Ya llegan, señor, ya llegan!

PET. ¡Sean bien venidos! (Se adelantan á recibirlos.)

ESCENA VII

DICHOS, BLANCA, FLAVIO, BAUTISTA y CABALLEROS

BAUT. ¡Petruchio! ¡Hijo mío!

PET. ¡A mis brazos, padre! (Siguen á Bautista, Flavio, que da la mano á Blanca.—Varios Caballeros. Se saludan todos muy afectuosamente.)

BAUT. Hija mía. ¡Catalina!...

CAT. (Abrazándole con efusión.) ¡Padre adorado! Un siglo me ha parecido el tiempo que he tardado en verte!

BAUT. (¡Qué bondad! ¡Qué dulzura! ¡Nunca hallé en su voz tanta expresión de afecto!)

CAT. ¡Blanca, hermana mía! ¡Dame un millón de besos!

BLAN. ¡Sí, Catalina; te quiero con toda el alma! (¡Qué cariñosa está mi hermana!)

PET. (A Flavio.) ¡Sea enhorabuena!

FLAV. ¡Gracias, hermano mío; que ya os puedo llamar así!

PET. Hermano, y tú por tú, como buenos hermanos!

FLAV. Es muy de mi agrado eso.

CAT. (A Blanca.) ¿Con que casada?

BLAN. Sí, hermana mía; el mismo día que tú.

CAT. ¿Y á gusto tuyo?

BLAN. ¡Ah, sí; con el hombre que adoraba! ¿Y tú? ¿Estás contenta?

CAT. ¡Como no puedes imaginarte! Pero cuéntame, cuéntame...

BLAN. ¡Cuando estemos solas!

CAT. ¡Ven, vámonos al jardín! (Va á salir, pero reparando en Petruchio corre á él con los brazos abiertos.)

BLAN. ¡Sí, vámonos!

CAT. ¡Señores, un momento! ¿Con vuestro permiso? (Aparte á Petruchio.) ¿Voy un momento al jardín con mi hermana?

PET. (Aparte.) Vé, pero... no olvides...

CAT. ¡Ya no lo olvido nunca! ¡Tú, y sólo tú eres mi dueño y mi amor! ¡Vamos, Blanca!

BLAN. ¡Vamos!

ESCENA VIII

DICHOS menos BLANCA y CATALINA

PET. Ante todo, señores, dejad que implore vuestro perdón por la escena de ayer.

BAUT. ¡Qué rato me diste!

PET. ¡Imploro vuestra indulgencia!

BAUT. Concedida.

PET. Y la vuestra...

FLAV. No se hable más de ello.

HORT. Agua pasada no muele molino.

FLAV. Sabe ahora, hermano mío, que yo no enseño á tocar el laud, aunque le sé tañer como el más hábil profesor...

PET. ¡Ya! Ya estoy al tanto, hermano Flavio.

FLAV. Soy hijo de Vicencio, rico hacendado de Pisa.

PET. ¡Oh! Es muy principal sujeto. Le conoció mi padre en Florencia, y fué muy amigo suyo.

FLAV. Pues él me tenía autorizado por cartas para contraer matrimonio, y me asigna un dote bastante para que mi esposa y yo vivamos con el esplendor que nos conviene.

PET. Sed ambos felices, tan felices como yo me prometo ser.

BAUT. ¡Ah! Lo será más. Blanca, es una paloma cándida, afable, buena, cariñosa...

PET. Y mi Catina también.

BAUT. ¡Ah! hijo mío, tu Catina, como el tiempo y los años no modifiquen su carácter...

PET. Pero si Catalina está modificada. (Risa general.)

FLAV. ¿Modificada?

BAUT. ¿Modificada mi hija? ¡Qué más quisieras tú! ¡Y qué más quisiera yo!

PET. Digo, que Catalina ha variado.

BAUT. Aunque te pongas de rodillas y en cruz no lo creo.

HORT. ¡Yo, casi, casi... lo creo!

FLAV. Son ilusiones.

BAUT. Son locuras, como éste le da quince y raya á ella en materia de colérico é irascible.

PET. Yo, querido suegro, soy la bondad misma. Sólo llevo dos días de arrebatado y violento y os juro que me cansa el oficio. La ira, los juramentos, las amenazas, fueron en mí un disfraz para amansar á mi esposa, como en Flavio fué el profesorado pretexto para acercarse á la que amaba.

BAUT. ¿Pero cómo has de haber podido hacer flexible su carácter? ¿Cómo se hablanda una montaña? ¿Cómo en dos días conseguiste lo que yo no logré en años?

PET. Más diré; Catina, está hoy suave como un guante de fina cabritilla, y es más dulce y bondadosa que su hermana.

HORT. ¡Eso no, eso no!

FLAV. ¡No lo creo! ¡No exageres, hermano!

BAUT. ¡Locura, locura! Eso es que no estás en tu juicio.

PET. Señores, sometamos el asunto á una prueba

FLAV. ¿Y qué prueba?

PET. ¡Cualquiera! La primera que se ocurra.

BAUT. ¡Propónla tú!

FLAV. Sí, dilo tú...

PET. Cualquiera... la más sencilla... Ved allí á ambas hermans sentadas en un banco hablando mano á mano con interés...

FLAV. ¡Sí, ya veo!... (Todos se agolpan á la ventana.)

PET. Llama á Blanca...
FLAV. ¡Blanca!... ¡Blanca!...
PET. Ya te mira...
FLAV. Haz el favor de venir un momento...
PET. ¿Ves? ¡Que luego vendrá!...
FLAV. ¡Blanca! ¡Ahora quiero que vengas, ahora! ¡Es asunto interesante! ¡Ven!
HORT. ¡Que no!
PET. ¡Nada, que no viene ahora!
FLAV. (Incomodado.) ¡Blanca! ¡Blanca!
PET. ¡Toma! ¡Te ha vuelto la espalda!
BAUT. Catalina... no te vuelve la espalda á tí...
PET. ¡Quiá!
BAUT. ¡Pero te tira un tiesto á la cabeza!...
PET. ¿A mí? ¿Catalina, á mí? (Corre á la ventana, llama á su esposa con la mano, y vuelve al primer término.) ¡Catalina!
BAUT. ¡Viene corriendo!...
FLAV. ¡Y trae á la fuerza á Blanca!
BAUT. ¿Será cierto?
PET. (Con aire de triunfo.) ¿Que si es cierto? ¡Ahí la teneis!

ESCENA IX

DICHOS, CATALINA, BLANCA

CAT. (Entra llevando á Blanca de la mano; ésta ofrece resistencia.) ¿Qué quieres, esposo mío?
PET. ¡Que vinieras!
CAT. Ya estoy aquí, ¿qué quieres?
FLAV. (Iracundo á Blanca.) ¿No oiste que te mandé venir? (Rápidamente.)
BLAN. ¿Y no oiste que te decía que vendría después?
FLAV. ¿Y por qué no cuando yo te llamaba?
CLAN. Porque estaba ocupada.
FLAV. Las mujeres no han de tener más ocupación que la de obedecer al marido.
BLAM. ¡No siempre!
FLAV. ¡Siempre!
BLAN. ¡Cómo! ¿Apenas casado y ya mandas como tirano?

FLAV. ¡¡Blanca!!

BLAN. ¡¡Flavio!!

BAUT. ¡Vaya! No riñáis ahora por cosa baladí.

BLAN. ¡Eso, apoyadle vos! ¿Qué queréis de mí?

BAUT. ¡Que seas bondadosa! ¡Dócil como tu hermana!

BLAN. ¿Como mi hermana? ¿Que sea yo como mi hermana? ¿Eso queréis?

PET. Sí, hermana mía, sí, que tomes ejemplo de mi Catalina, que oigas sus consejos...

BLAN. ¿Sus consejos? ¿Me va á echar sermones acerca de la sumisión y de la bondad? (Catalina mira con interés á Petruchio. Éste la anima á que hable.)

PET. ¡Habla, Catalina mía, habla!

CAT. ¿Y por qué no he de darte consejos, hermana mía? ¿No son los conversos los que ofrecen mayores ejemplos, y los que expresan mejor las doctrinas? Yo he reflexionado, Blanca, y me he convencido de que las mujeres soberbias y rebeldes, son como las aguas cenagosas, removidas por el huracán; si éstas apestan el campo, aquéllas infestan la paz del hogar. El marido debe ser considerado como señor nuestro, como nuestro apoyo, como nuestra defensa. Él sostiene la batalla de la vida, él sufre los trabajos y las vigilias, él afronta los huracanes y las tormentas, para que dentro de la casa vivamos nosotras, débiles avecillas, sin riesgo ni temor alguno... ¿Y qué nos pide el hombre á cambio de tantos beneficios? ¡Bien poca cosa! Que cumplamos la misión de dulzura y paz que nos confió la naturaleza. ¿No sería injusto negarles eso?

HORT. Es increíble.

FLAV. ¡Es milagro ese cambio!

CAT. Por mi parte, no me avergüenzo de proclamar muy alto que siento gran satisfacción en haber sido vencida. (Dirigiéndose humilde y cariñosa á Petruchio.) ¡Ah! Sí, Petruchio, tú me has devuelto á la razón y á la sensatez; por tí y para tí quiero vivir y adorarte como á mi Dios y servirte como tu esclava. (Se arrodilla.)

PET. (Entusiasmado, levantándola y poniendo la cabeza de Catalina sobre el pecho.) Levanta, Catalina mía, levanta, ni te quiero tan altiva como estabas, ni tan humilde como ahora te muestras. Aquí á la altura de mi corazón está tu puesto, para ser mi compañera, mi delicia, mi encanto, mi amiga cariñosa é inseparable.

BAUT. (Conmovido.) Petruchio, hijo mío, triplicaré la dote. Te entregué una hija plagada de defectos, y me la presentas adornada de virtudes.

PET. No se hable de eso, padre mío. La mejor recompensa que puedo tener por haber amansado esta fierecilla, es la de ser dueño de ella.

(Al público.)

¡Tomad de este caso ejemplo,
que en el fondo del furor
femenil, tiene el amor
siempre, oculto y santo templo!
¡Y así este caso se explica:
amor es dulce cadena
que á los más fieros enfrena
y á las fieras domestica!

TELÓN

OBRAS DE M. MATÓSES

¡Sin cocinera!—Juguete cómico en un acto.
¡Una prueba!—Idem, íd., íd.
A primera sangre.—Pasillo cómico en un acto.
Ni tanto ni tan calvo.—Juguete cómico en un acto.
El número 107.—Idem, íd., (escrito sobre el pensamiento de una obra francesa).
Sin dolor.—Pasillo cómico en un acto.
A diez reales con dos sopas.—Idem, id., íd.
Un frac nuevo.—Idem, íd., íd.
El títiri-mundi.—Revista cómica política en un acto y en verso (inédita).
Reclamaciones y bombos.—Sainete en un acto (en verso).
¡¡Ecce-Homo!!—Pasillo cómico en un acto.
Los gorrones.—Juguete cómico en un acto.
La vida del hombre malo.—Juguete cómico en dos actos (inédita).
Matasiete.—Sainete en un acto y en verso (traducido del valenciano).
Sarasate.—Juguete cómico en un acto.
La fierecilla domada.—Comedia en cuatro actos y en prosa (arreglada al español).

Zaragata *(fragmentos de la vida de un infeliz).*—Novela cómica; un volumen en 8.º
Del montón *(retratos de sujetos que se ven en todas partes).*—Prólogo de Clarín, ilustraciones de Mecáchis.
Loza ordinaria *(escenas de la vida cursi).*—Prólogo de E. Blasco, ilustraciones de Mecáchis.
Danza de monos.—Ilustraciones de A. Pons.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.